

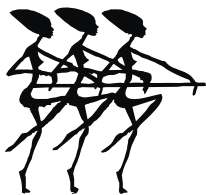


COSOS
una rebelión argentina

Edgar De Santo

Cosos
una rebelión argentina

Cosos
una rebelión argentina
Edgar De Santo



De Santo, Edgar

Cosos, una rebelión argentina. - 1a ed. - La Plata : el autor, 2010.

208 p. ; 23x13 cm.

ISBN 978-987-05-9115-3

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título

CDD A863

Fecha de catalogación: 05/08/2010

Primera edición en Argentina, octubre de 2010.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de la obra sin la autorización previa del titular del *copyright*.

Impreso en Argentina.

ISBN 978-987-05-9115-3

Diseño y Maquetación Fernanda Guaglianone diatribavisual@gmail.com

Fotografía Edgar De Santo

<http://elpreferidonovela.blogspot.com>

Esta primera edición de 500 ejemplares se terminó de imprimir en La Plata, en el mes de octubre de 2010.

*Para Magdalena y Anastasia,
mis amadas hijas.*

LEIDENSCHAFT

Creamos para olvidar donde nacimos.

Nacimos para crear donde olvidar.

Olvidamos de donde creamos para nacer.

Creamos para nacer hacia donde olvidar.

Edgar De Santo

Me presento

Llámenme coso. Perdón.

Coso.

Veo y escucho cosas como si fuera un pez
suelto en un mar gaseoso.

O parecido.

En estas calles, en este terreno que habité
alguna vez.

Buenos Aires, caminada y ahora sobrevolada.

Buenos Aires, si sos una cosa, también pedí
perdón.

Por ser inspiradora y aspiradora, por ser
producto y ficción.

Por ser capital y no tener cabeza. Porque no
tengo idea de qué sos.

Yo tampoco tengo cabeza ahora, ni cuerpo.

Sólo soy como un cable que transporta.

Quizás yo sea como lo religioso de Moby Dick,

como una creencia.

Me pienso suelto.

Desenchufado.

Pero escucho y veo y cuento.

Con voz de aparecido. Es la que tengo ahora.

Algunas de estas cosas que veo y escucho, voy a contarles, tecleando en una computadora pernoctada, mientras algún dueño del artefacto duerme o piensa.

Porque me creo suelto.

Y también sujeto.



Mariana

Apagó el cigarrillo.

Pensó que nunca debería haber fumado.

Pensó que nunca debería haber vivido.

Al menos como mujer.

¿Mujer?

La palabra le rebotó en el celular.

Ariel mandaba un mensajito, que estaba retrasado, que había perdido el micro. Que esperara un ratito. Que lo disculpe.

Se sentó en una mesa torcida del bar de la esquina.

Él, retrasado, siempre retrasado y ella mujer.

Pidió un café.

Un gasto que no había tenido en cuenta.

Otro costo que no había tenido en cuenta.

Prendió otro cigarrillo y le contestó desde el mismísimo celular: OK te espero.

Mañana cumpliría cuarenta años.

Miró su pantalón y lo vio arrugado.

Caminando ligero no se nota, pensó, sentada.

Ariel

Un micro tras otro.

Pasaban sin parar, iban demasiado llenos y los colectiveros no se detenían en su parada.

¿Parada?

La palabra le dio ganas de fumar. No tenía cigarrillos.

Fue hasta el kiosco y compró uno.

-¿Me das fuego?

La kiosquera le señaló de mal humor un largo hilo que en su final tenía una maquineta que encendía una chispa y luego la llama.

Encendedor.

Prendió el cigarrillo y se puso a esperar.

Una pitada, dos pitadas.

Se empezó a relajar.

Ahí venía el bólido verde.

No va a parar, pensó, deseándolo.

El micro paró casi vacío, perfectamente alineado al cordón.

Las puertas se abrieron con facilidad.

Acababa de mandarle un mensaje a Mariana con el resto de crédito que le quedaba.

Había comprado un cigarrillo que era como la mitad de su plata en el bolsillo, o un tercio, algo menos.

Mariana, mujer sentada con pantalón arrugado

Con la última pitada después del último sorbo de café, Mariana repasó que no entendía para qué salió tan temprano de su casa a encontrarse con Ariel.

Podría haber cargado la ropa en un bolso y llevarla al lavadero de paso, o se podría haber sacado con quitaesmalte los restos de ese desacierto de color con el que se había pintado el sábado.

Se acercó las uñas a los ojos y no pudo recordar por qué aceptó que Valeria le pintara la uñas. De ese color, además.

Recordó que quizás sentir el cosquilleo del pincelito y la proximidad de Valeria, dicharachera y cálida, tenían la culpa.

Otra mujer. Su amiga. Y la culpa.

Mujer-culpa se arremolinó en su calendario.

Era ya el 2001, cumpliría cuarenta años y Ariel no.

No quiero cumplir, se dijo, no quiero cumplir más.

No los años, eso es inexorable.

Simplemente no quiero cumplir más.

La esquina giró y le mostró a Ariel con una remera verde.

La de siempre.

No parecía tener cuarenta y cinco, simplemente porque no los tenía que cumplir.

*Mujer sentada con
pañtalón arrugado
sobre fondo de Ariel,
con remera verde*

Mariana alargó el cuello para recibir un pico,
ese besito llamado pico. Pensó en el picotazo.
Ariel se agachó con una buena sonrisa, al
menos eso pensó, y le quiso dar un beso. Pero
extrañó no tener otro cigarrillo.
Igual le dio un pico y sonrió.
Él piensa. Ella piensa.
Los dos piensan.
Cosas muy distintas.
Él le miró las uñas y pensó que eran garras
con ese color.
No lo dijo.
Ella miró la remera verde y sus patas de gallo,
vio su bragueta entreabierta, pensó que parecía

un infeliz.

No lo dijo.

Los dos pensaron.

Él le dijo: disculpame nuevamente, tenía muchas ganas de verte.

Ella le dijo: yo también.

Los dos mentían, al menos un poco.

Durante diez días no habían logrado conciliar un encuentro.

Muchos impedimentos de un lado y del otro.

El día se concretó.

Ahí sentados, ella con el pantalón arrugado y él con su remera verde gastada, dijeron casi al unísono.

-¿Me das un cigarrillo?

Y el se me acaban de terminar y el no tengo, se fundieron en el ronco escape de una moto, que justo dobló en esa esquina.

Ella dijo voy a comprar.

Él dijo al mozo que no quería nada.

*Ariel con remera verde
nueva, diez años atrás,
mientras Mariana
compra cigarrillos*

Vio a Mariana cruzar la calle.

Un vientito con un perfume muy conocido lo ubicó frente al espejo de la tienda donde compró la remera verde.

Vio la imagen de sí mismo nuevamente frente al espejo del probador. Estaba en cuero esperando que la vendedora le trajera otra remera.

Observó el mapa de pelos que recorrían su piel acompañando montes y valles del pecho. Siempre le habían gustado sus pelos. La medida de no ser lampiño ni de ser un mono.

Era una medida precisa para él.

Recordó a Alain Delon confesando un complejo físico, justo él, que era de no tener pelos en el pecho.

Pero también recordó a Luis que decía tener el pulóver siempre puesto, y la imagen de él con una remera y los pelos saliendo del cuello redondo como faláridas.

Era demasiada testosterona expuesta junto a su notable calvicie.

Ariel tenía la piel tensada sobre sus músculos sobrios. Miró la línea descendente hasta el ombligo, como un canal que vertía el resto de los pelos en su ingle.

Volvió en sí con la cara de la vendedora asomada y con un trapo verde en mano. La cara de esa mujer le confirmó que estaba bueno. Una coincidencia con ella. También con el verde de la remera.

Se la puso como atravesando un tubo y la caricia del algodón le endureció las tetillas. Cuando la superficie verde se adhirió a su cuerpo escuchó a la mujer decir: te queda perfecta, es tu color.

Otro acuerdo con ella.

El siguiente acuerdo fue encontrarse en el departamento de ella a las 8 de la noche. Fue con su remera nueva.

Sintió las manos de ella deslizar ahora la superficie de algodón hacía afuera. Las tetillas se le volvieron a endurecer.

No sabía si era frío o placer.

Decidió placer.

Y un poco de frío.

Muchas manos aprobaron la remera verde, el cuerpo no siguió siendo tan ajustado a la remera.

Igual la remera acompañó los avatares de su cuerpo. Ella también se fue desdibujando de forma y color. Junto a él.

La fidelidad de la remera nunca compitió con ninguna, ni con ninguno.

Era una cosa.

Pero las cosas también a veces se rebelan.

Esa mañana cuando se puso el fetiche verde para ir a encontrarse con Mariana observó un agujerito en la parte del sobaco de la manga

izquierda. Lo obvió. Como tantas cosas.

¿Lo había obviado o había focalizado su atención en otro lugar?

Ariel se detuvo entre el silencio de una nota y otra del jazz que en su cabeza comenzó a improvisarse.

Decidió escuchar los silencios.

Decidió que las notas no eran lo fundamental.

Sólo los silencios.

Los agujeros entre sonido y sonido.

Sintió alegría con ese descubrimiento.

Volvió a la esquina del 2001 con la frase de

Mariana: ¿quieres un cigarrillo? Sí, gracias.

Miró absorto el silencio que generaba el resto de café de la taza de ella.

Un silencio oscuro en la tacita blanca.

Ella lo miró en su mortecino verde.

La cabeza de Ariel emergía turbia de ese cepo llamado remera verde.

Mariana compra, como diez años atrás, y Ariel, con remera verde descolorida, espera en el bar

Mariana cruzó a los saltitos la calle, el kiosco estaba en la esquina de la otra cuadra, doblando a la derecha.

Decidió caminar lentamente esa cuadra.

Estaba un poco ansiosa por fumar pero retuvo los pasos, sobre todo los de vuelta al bar.

Antes del kiosco vio en una vidriera su silueta con el pantalón arrugado. Quiso que le importara pero pensó que no sabía cuánto.

Recordó que diez años atrás estaba caminando así, buscando un jean negro. No era difícil de encontrar, estaban de moda y todas las casas de ropa de mujer tenían jeans negros, las de varones también, las unisexs también.

O al menos pantalones negros.

Entró a una de esas casas. El precio y el corte del pantalón que vio en la vidriera le parecieron razonables.

Pidió uno.

Ya en el probador, parada en bombacha frente al espejo, pensó que sus piernas no estaban del todo bien.

Un arco óseo, un paréntesis óseo se perfilaba de rodillas para abajo.

Se puso el jean candidateado y se deslizó por todas sus piernas y caderas como un amante dedicado.

Al cerrar el botón encontró perfección.

El pantalón le quedaba perfecto.

Serpenteó para verse como le quedaba de atrás.

Perfecto. Estaban hechos el uno para el otro.

La vendedora la miró extrañada, con cara de qué hija de puta cómo te calza.

Se lo llevó puesto.

Salió repasando la recomendación de la flaca de la caja: con tacos te va a quedar brutal.

No tenía zapatos de taco.

Sólo unos zapatitos como zapatillitas de danza de cuero negro o simplemente zapatillas. Buenas zapatillas.

Pensó en zapatillas con taco alto, las imaginó inmundas.

Se paró en una zapatería y constató lo bien que le quedaba el jean negro junto a la tocada de culo de un transeúnte que no alcanzó a ver, estaba mirando su reflejo entre zapatos y no lo vio venir. Se indignó un instante.

Decidió entrar a la zapatería y probarse unos zapatos de taco.

El vendedor moreno y de ojos verdosos la atendió con esmero.

Le gustó sentir como uno a uno, el vendedor le ponía y le sacaba zapatos. El placer de cómo le tomaba el pie y le calzaba esas diversas fundas de cuero. Algunas más altas que otras.

Después de media hora de mete y saca, se convenció de que debía comprarse los zapatos negros clásicos que el zapatero le recomendó.

Estaba de acuerdo con él. Con el vendedor. Cuando se paró en los zapatos elegidos sintió un escalofrío por su espalda. Sus tetas parecían más erguidas y su culo más pronunciado. Imaginó que los tacos altos eran como una cirugía plástica mágica. Cenicienta se le revolvió como un recuerdo cualquiera.

Metió las zapatillas viejas en la bolsa nueva, pagó pero el vendedor atrapó su mano con el dinero.

La miró muy fijamente, verdoso: estás espectacular, quiero verte esta noche. También acordó con él, con el varón, en eso.

La pasó a buscar a las nueve de la noche. No estaba muy segura de qué ponerse arriba, si la camisa de flores o la remera blanca. Me falta algo de arriba, pensó, pero ya era tarde. La remera blanca no estaba mal.

Subió al auto de él, un auto viejo pero muy reluciente, con una de esas bolsitas aromáticas. Era de coco y le gustó.

Él estaba muy afeitado y muy caliente.

Cuando el vendedor le bajó el pantalón en su

departamento no vio los paréntesis de ella. 

Le dijo que quería hacerle la cola. Mariana pensó que ya la tenía bastante bien hecha. Igual entendió.

Muchos y muchas bajaron ese pantalón, como un fuelle tocado por Pichuco. El mismo tango. El mismo pantalón y los mismos zapatos negros de taco aunque fueran otros. Los tacos se rompen más.

Volvía caminando a la esquina donde estaba Ariel, con un cigarrillo encendido y con su exitoso jean puesto. Pero arrugado como un bandoneón.

El taco derecho se había torcido un poco.

¿Sería el taco o el cambrillón vencido?

Cuando se aproximó él estaba mirando fijamente la tacita de café. Le ofreció un cigarrillo que rápidamente aceptó.

Se sentó y empezaron a hablar.

Fumando.

Cómo vamos a seguir

Ariel hizo un rodeo para decirle a Mariana que cómo harían para alquilar algo juntos. El trabajo, o mejor dicho, las changas de él apenas le alcanzaban para aportar un poquito en la casa de su madre y para sus gastos.

Él le dijo: imagínate que esta remera tiene diez años, ni siquiera me alcanza para ropa nueva, de vez en cuando. Ni para puchos.

Mariana escuchaba en silencio.

La caminata por la historia de su pantalón la había hecho dudar.

Ella le dijo: te entiendo, yo en la casa de mis viejos no pongo un mango y así y todo tampoco me alcanza para comprarme un pantalón. No me alcanza ni para el quitaesmalte.

Él reparó en sus uñas, eran de un color extraño, eran como de un verde desvaído, como

un verde remera de Ariel. Qué casualidad dijo, y le arrimó la manga al pedazo de esmalte de su uña, eran casi exactos de color, salvo por la materia. Algodón y esmalte. Se rieron juntos.

No estamos tan mal dijo Mariana señalando al cartonero que doblaba la esquina.

La verdad que no, dijo Ariel, mirando a una vieja que recogía unas mantas del zaguán de una casa abandonada.

Se dieron las manos y otro pico.

Te extrañé mucho dijo ella. El pantalón le seguía quedando perfecto.

Yo también dijo él con su adaptada remera.

Del pico pasaron a la lengua. Era más claro así.

De pronto ambos coincidieron en un silencio extraño.

Era como una suspensión enorme. Era como los silencios entre nota y nota del jazz en la cabeza de Ariel. Pero más

largo. Luego alcanzaron a sentir una lluvia de cosas.

¿Un desmoronamiento de ideas o de cosas?
Mariana recordó por sólo un instante la
mano de su madre prendiendo la licuadora.
Ariel recordó sólo un instante los pelos
como de pulóver de su amigo Luis.

Había explotado un coche bomba estaciona-
do casi en la esquina.

Silencio.

Y luego los gritos.

A diez cuerdas de la explosión

Agustín con la toalla enroscada en la cintura después de la ducha intentaba desempañar el espejo del baño.

No podía decidirse si recortar la barba o dejarse sólo bigotes y patilla.

Marcela en la habitación observaba el detalle de la costura del jean pensando en cómo no se había dado cuenta del rulo ridículo que tenía el bolsillo trasero.

Hacía dos meses que vivían juntos, los dos con espléndidos treinta y cinco años. Ella dos meses más grande, no se notaban para nada, aún más, él parecía un año mayor, por lo menos.

Habían dejado sus respectivas casas familiares a partir del ascenso de él en el restó, era

ayudante del chef.

Ella también había sido ascendida en la biblioteca donde trabajaba, era jefa de bibliotecarios.

Por un instante recordó que había que reclamar la devolución de las tragedias de Esquilo, tenía como dos meses vencidos ese préstamo.

Estaban tomando sus respectivas decisiones cuando un estruendo los desestabilizó.

La máquina de afeitar de él marcó una línea indeseada por culpa del estallido, ella cayó sentada en la cama.

Él salió del baño y juntos se asomaron al balcón como estaban, semidesnudos. Una columna de humo sin ninguna forma se veía muy cerca.

Sin mucho decir, se tiraron encima alguna ropa y sin hablarse salieron para el lado de la humareda.

Las sirenas tronaban.

Corrieron con sus cuerpos bellamente trabajados por su tiempo.

A una cuadra del humo y de los gritos amminoraron el paso.

Agustín le señaló a Marcela un objeto raro en el borde del cordón de la vereda, era como una uña a medio pintar o despintar, verde.

Ella no hizo caso.

Siguieron más lentamente a un cortejo desvariado de gente que iba y venía pero siguiendo una especie de marcha de locos.

Las sirenas eran más y más fuertes.

También los gritos.

Agustín observó el rulo ridículo que hacía la costura del jean de Marcela en su perfecto culo. Marcela se dio vuelta y miró hacia atrás pensando que lo había perdido a Agustín entre la muchedumbre.

Vio que tenía restos de espuma de afeitar en la oreja izquierda y le pareció ridículo, al igual que las patillas, una estaba más corta que la otra.

Siguieron el paso cada vez más lento.

Las vallas los detuvieron.

Preguntaban qué pasó y nadie contestó nada pero escucharon a muchos decir atentado, bomba, revolución, golpe.

Otros decían que era como en el 94 y la AMIA.

No se entendía.

Marcela vio entre los cables colgando un pedazo de trapo verde, como una bandera ecologista pero con sangre.

Y también un zapato de taco negro, medio estilo de los noventa pero que conservaba un brillo inusual, tenía un pie adentro.

Pero nada más.

Decidieron volver al departamento para terminar de arreglarse y ver la TV, quizás hubiera más información.

Marcela, amorosa, le pasó el dedo por la oreja de Agustín para quitarle los restos de espuma de afeitar.

Él sonrió y le dio un pico diciéndole que esa noche le iba a cocinar algo especial.

Ella le sonrió ronroneante: amor, emparejate las patillas.

Agustín ayuda al chef con un nuevo plato

Agustín era el nuevo ayudante de cocina de uno de los chefs más respetados del 2001. Si bien el restó donde trabajaban era pequeño, apenas treinta cubiertos, cada día las reservas estaban agotadas.

El chef se llamaba Gianni.

Era un hombre de más de cincuenta años, con un físico formidable, unos bigotes y patillas impecables. Un dejo de exótica pronunciación portaba con cuidadosa exactitud. Igual había nacido en Lanús.

Decía que sus múltiples estadías por el mundo lo habían contaminado.

Agustín lo admiraba. Como chef y como macho.

Gianni era una acabada pieza de esplendor

masculino y le gustaban los varones. Le gustaba Agustín también, por supuesto. Él lo sabía y lo halagaba.

No pensaba en consecuencias mayores. Era muy amplio de criterios.

Agustín nunca había pensado en la posibilidad de la homosexualidad. La única homosexualidad que conoció era una mariquita patética, según decían en el bar al que iba de adolescente, que una vez le pidió fuego.

Desde que era el ayudante de Gianni, algo le llamaba la atención de sí mismo. Cuando estaban próximos aspiraba hondo y lo olía. Era una necesidad irreprimible.

Gianni aprobaba lo que creía era fijar una receta vía olfativa.

Agustín le hablaba mucho a Marcela de Gianni.

Ella una vez le soltó: no te estarás enamorando del viejo ¿no?

Los dos se rieron.

Esa noche, la tercera desde que vivían juntos, mientras la penetraba cerró los ojos, creyó

oler a Gianni y acabó inmediatamente.



No le dio importancia.

Mientras preparaba con Gianni, esa tarde, los últimos detalles del menú, Agustín rozó el peludo brazo del chef.

Se estremeció.

Gianni lo descubrió. Se rió profundamente con su vozarrón de macho y le dijo que había que sacar unas cosas de la cámara frigorífica. Agustín rojo y estremecido obedeció. Gianni entró también

y se besaron largamente. Comenzaron a ser amantes.

Agustín no podía creer la conmoción que le producía ese hombre que tenía tantos pelos en el cuerpo, como un pulóver.

Supo que en realidad se llamaba Luis.

También pensaron en diseñar juntos, un nuevo plato.

Marcela en la biblioteca reclama las tragedias

Marcela era sumamente responsable.

Había logrado ganar por concurso el cargo frente a la directora de la biblioteca, Martha Phémima.

Martha le había marcado cierta tensión para conducir a los bibliotecarios. Le decía que aflojara.

Martha era pelirroja. Tenía unas pecas graciosas que frente a cierta seriedad que adoptaba le quitaban credibilidad. Era como una nena grande.

Tenía poco más de cincuenta años.

A Marcela le encantaba su conversación.

No sólo de libros.

Era lesbiana y se decía así. Nunca bajó la voz para hablar de eso. Decía que no era mujer,

que era lesbiana.

Marcela no entendía. Y Martha tampoco insistió. No era una persona arrolladora ni tímida, ni alta ni baja, ni gorda ni flaca: era Martha.

A mediodía acostumbraban a cruzarse al cafecito a comer algo liviano.

Fue en ese bar que Marcela le marcó su preocupación por recuperar las tragedias de Esquilo.

El usuario no daba señales de vida, llamó al celular y nada.

Martha le preguntó el nombre y apellido.

Marcela rebuscó en su agenda y le dijo Ariel Verdún.

¿Y si llamás a la familia? Es un último recurso pero antes que mandarle una carta documento es preferible hablar, dijo Martha conciliadora.

Marcela pensó que iba a hacer eso. Era apropiado.

Fueron al baño del bar juntas.

Cada una hizo pis y se escucharon los chorritos intermitentes desde cada cubículo. Se

rieron puertas por medio de la percusión
acompañada.

Se lavaron las manos y se miraron a través del
espejo.

Marcela se sentía muy cómoda con ella.

A Agustín lo quería, la hacía disfrutar, se
sentía mimada, pero Martha le provocaba
algo entre admiración y dolor.

Marcela no tenía problemas con las
tortilleras, de hecho su prima era lesbiana y se
reían juntas cuando la bruta le decía que le
gustaban las empanadas con fleco.

Pero esto era distinto. Martha era franca y
refinada. La escuchaba y se dejaba escuchar.

Era una danza atractiva pero en principio sin
ninguna forma.

Cuando en el baño, Marcela intentó desabro-
charse la cadenita que la incomodaba,

Martha se aproximó y sintió su profunda
calidez.

Suspiró. Martha retuvo entre sus manos el
instante.

Le descubrió la nuca mandando el pelo de

ella hacia un costado y su trivial respiración surgió concluyente en su piel.

Martha apoyó levisísimamente sus labios en el cuello de Marcela. Ella sintió el alivio y la enajenación.

Giró y se besaron poco a poco, en las mejillas, en los ojos, en los labios.

La mano de Martha recorrió la cintura de Marcela.

Nunca Marcela había sentido algo así por algo sencillamente obvio: nunca había estado con otra mujer. O con una lesbiana, a los modos de decir de Martha.

Comenzaron a ser amantes.

Decidieron buscar juntas el libro de las tragedias.

Delfina, la ordenanza

Delfina era la encargada de la limpieza de la biblioteca.

Cuando no había nadie cerca le dijo a Marcela, como si fuera una vieja amiga: cuidate que te va a largar, Martha es una cagadora.

Sonó a un oráculo.

Aparece el libro de las tragedias por televisión, o casi

Marcela estaba echada en el sillón del living haciendo zaping.

Tenía apoyados sus pies cruzados sobre la mesita ratona mientras Agustín armaba la cena: era su día de franco.

Y era el día de franco para Marcela ya que no tenía que cocinar.

Él le alcanzó una copa de vino tinto.

Ella levantó la cabeza y le sonrió distraída, abstraída.

Se detuvo en el canal de noticias que seguía hablando del coche bomba.

Desde hacía un mes, cada vez menos, escuchaba las conjeturas estúpidas de supuestos especialistas que analizaban los hechos. Por

demás estúpidos.

Hasta que se paralizó ante una frase: uno de los cuerpos reconocidos era de Ariel Verdún, cuarenta y cinco años, soltero y bla, bla, bla. Se incorporó. Tuvo ganas de llorar.

Qué pasa, gritó Agustín desde la cocina.

Ella ya se había calzado y agarrado la cartera mientras marcaba en el celular el número de Martha.

El portazo fue producto de la corriente de aire que se produjo entre el balcón y el pasillo.

Agustín no entendió, pero aprovechó su soledad y raudamente lo llamó a Gianni por teléfono.



Marcela salió como una loca

Gianni escuchó a Agustín y se largó a reír.

La voz del chef en el teléfono era un deleite para el olfato.

Agustín, desde el otro lado de la línea, podía percibirlo.

Escuchó que le decía venite. Fue lo único que escuchó o que quiso escuchar.

Apagó el fuego de la cocina.

Decidió que estaba todo a punto.

Escribió una nota a Marcela y la puso al lado del plato vacío de la cuidadosa mesa.

Los vecinos volvieron a escuchar el portazo.

Las corrientes de aire seguían.

Quedaron los dos platos vacíos.

Gianni dice te como, sin tragedias

Cuando abrió la puerta, Agustín se volvió a asombrar como cada vez, del tamaño de tipo que era el chef.

Parecía un vikingo de dibujito.

O un luchador de catch.

Agustín no podía creer, cuando lo penetraba, que fuera inmenso y tierno, salvaje y delicado.

Y peludo como Platero.

Y un burro como Platero.

Los genitales de Gianni le hacían honor a su tamaño.

Las bolas eran de toro, la verga de burro.

Parecía un fauno.

Agustín no era un varón pequeño, pero al lado de Gianni todos los varones eran pequeños.

Cerró la puerta y entró. Él estaba en bata.
Recordó a Gerard Depardieu, pero peludo.
Se abrazaron.

Gianni lo lengüeteó con esa lengua que lo
partía.

Tomaron mucho vino y durmieron sin sexo,
desnudos,
hasta el mediodía.

Cuando salieron ambos del concierto de
ronquidos, desde el achinamiento de sus ojos
cincuentones Gianni le dijo a Agustín: te voy
a comer. Todo.

Agustín, incautamente, se rió.

Agustín, al día siguiente

Llegó al departamento ensayando excusas,
pero Marcela no había regresado.
Todo estaba momificado.
Pensó que mejor y fue a ducharse. El olor a
hombre que traía no era el propio.
Puso la contestadora. Había un mensaje.
No supo bien por qué no lo borró.
Era Marcela.
Sólo dijo que no volvía y que no se preocupara,
tenía cuestiones de laburo que resolver y
que estaba en lo de Martha.

Marcela habla sin tragedias

Martha la miraba después de los borbotones de llanto y de palabras: tragedia, pedazos de personas, una semipintada uña de verde, tragedias, Ariel Verdún, una remera verde en el aire y yo como una boluda.

Delfina me dijo, también le dijo.

Martha la abrazó fuerte y entrañablemente.

Vayámonos de acá, le dijo sería con sus pecas.

En silencio Marcela afirmó con la cabeza.

A la tarde, cuando Agustín ya no estaba, buscó algunas cosas, su pasaporte y salió cuidando que no se golpeará la puerta.

Dejó también una nota: que te garúe finito.

Se fueron y nunca más supieron de ellas.

Se rumoreó que se fueron al Amazonas.

Con la nota en mano

Acababan de separarse del restó y a la hora

Agustín lo llamó a Gianni a su casa.

Le leyó la nota con algarabía y dijo la famosa frase: al fin solos.

Venís vos, dijo directamente Agustín.

El chef aceptó.

Y esa noche tuvieron mucho sexo en la cama matrimonial de Agustín.

Después ya casi al borde de dormirse encontraron al lado de la mesa de luz un libro viejo y ajado.

Eran las tragedias de Esquilo y leyeron:

- ♦ *Los persas* (472 a. C.)
- ♦ *Los siete contra Tebas* (467 a. C.)
- ♦ *Las suplicantes* (463 a. C.)
- ♦ *Orestíada* (458 a. C.) que comprende:
 - o *Agamenón*

- o *Las coéforas*
- o *Las euménides*
- *Prometeo encadenado* (autoría en discusión)

Los ronquidos de Gianni taparon la voz de Agustín diciendo «autoría en discusión».

Un llamado desde la biblioteca de Marcela

Agustín aún somnoliento atendió el teléfono. Llamaban desde el trabajo de Marcela preguntando por ella. Dijo que no estaba. Le dijeron que se pusiera en contacto a la brevedad. Dijeron que el cadáver de la ordenanza había sido encontrado a la mañana en el baño de mujeres y que debía declarar. Agustín se quedó pensando qué hacer. Automáticamente sacó la nota de Marcela del tacho de basura, la desarrugó. A pesar de las manchas de mate se leía perfecta su letra: que-te-ga-rú-e-fi-ni-to/
Mar-ce-la.
Tenía olor a basura. Igual la guardó en el cajón de los papeles importantes.

Agustín decidió llamar a su suegra, ex se dijo, y le explicó que Marcela lo abandonó y que no sabía adónde fue.

Sí, me llamó dijo la vieja, no te voy a decir nada, agregó no sin cierta pena. Agustín respiró hondo. Un peso menos.

Le pidió que llamara a la biblioteca, un suceso desgraciado la convocaba. La ex suegra dudó. Bueno, le dijo, pero qué pasó, fue su pregunta. Agustín decidió no explicar más. No sé, es su problema. Le mandó un beso y la despidió rápido.

Gianni debajo de la ducha empezó a cantar *La donna é mobile* con voz de barítono.



Pensó que sería mejor que la vieja no escuchara.

La pared de conchilla

El sonido de agua me hizo recordar.

Como estaba metido entre la ducha de Gianni y la charla de Agustín con su ex suegra, algo desestabilizado de mi pasado antes de ser Coso, se movió.

Recordé cuando un día o algo como un día me desperté entre ladrillos viejos unidos por una pasta llena de caracoles, cuando me sentí ahí, entre esos gruesos ladrillos recordé: conchilla.

¿Cómo a tantos kilómetros del mar estaban todos esos caracolitos empastados entre ladrillos rudos de un sótano próximo al riachuelo? ¿Cómo habían llegado ahí? ¿Cómo había llegado yo ahí?

Me moví lento y nada ni nadie se quejó.

Podría decir que estaba sentado en la

conchilla. Sentado es un modo de decir, encastrado ahí como un caracolito más.

Insignificante.

Los ladrillos al menos tenían su forma, los caracoles y yo habitábamos partidos y empastados.

Algunos más pequeños estaban más enteros, pero la mayoría de ellos y yo vivíamos en esa argamasa sosteniendo los ladrillos. ¿Vivíamos? Buen punto.

Me pude deslizar y ninguno de mis compañeros se sobresaltó.

Unos pocos se reacomodaron, crujiendo apenas.

Quedé un momento suspendido cerquita del muro pero pude sostenerme. Ahí entendí que era gaseoso.

Soy un pedo, pensé y me reí sin boca.

Fui tomando confianza y salí de ese lugar, de esa especie de sótano.

El primer problema fue que como pedo me llevaba el viento para donde quería. Me acordé de mi abuela diciendo que *Sarmiento se*

tiró un pedo y se lo llevó el viento.

Me sentí arrastrado suavemente y cerré mis no-ojos, me gustó esa sensación. El vaivén ese era más lindo que ese vaivén del avión. Desde ese avión rugiente en que volé la última vez que volé hasta sentir el choque del agua y como se colaba por la bolsa de lona en la que estaba encerrado.

Seguramente ya en ese momento era como un pedo sordo pero yo había creído ser otra cosa.

Vaya a saber desde cuándo era pedorro y no me había percatado. Tan pedorro que aparecí como pedo en una pared de conchilla en un sótano cerca del Riachuelo, ni Uruguay, ni cabo Polonio ni siquiera Santa Teresita como me explicaron otros con los que me encontré después. Pedos.

Ahora ando según los vientos o las ráfagas que me hacen colar por los habitantes, casas y momentos en esta Buenos Aires del 2001.

Ahora mis vuelos son por otras vidas y no un vuelo de muerte.



Yo, Coso, recuerdo mis primeros vuelos

Una ráfaga me puso frente a un almanaque,
quizás el rasgar de la hoja de almanaque me
movió a ver que ya era 1986.

¿Habré estado al pedo desde 1978 hasta esa
fecha en la conchilla del sótano?

Fue de mis primeros viajes al pedo como pedo.
Ahí vi la tele en color. Y una vieja que lavaba
los platos

en un bar de la Boca. Era la Boca, seguro.

Por el colorinche y la cancha.

De eso estuve seguro.

Ahí fue cuando me dejé llevar por otros
vientos.

Pude ver que podía vivir otras vidas en la vida
por las que me colaba.

Así ando.

Gianni habla con Agustín

-¿Siempre te gustaron los tipos, Gianni?

-Sí, y a vos ¿desde cuándo?

Gianni se secaba con un tohallón su pelambre y lo miraba con la cara lustrosa e intrigada a Agustín.

-Creo que desde vos. Nunca me había fijado ni me había calentado un tipo.

-No te creo, ¿me vas a decir que...?

Gianni se interrumpió.

-¿Escuchaste?

-¿Qué?

-¿Te tiraste un cuesco?

-No, ¿por?

-Escuché como un pedo, pero cerca de mi oreja.

-Hablé con mi ex suegra y le dije que la

buscaban a Marcela.

-Chts, ¿escuchaste ahora?

-Vos estás en pedo desde temprano. ¿Me podés dar bola? Te estoy contando que hablé con la vieja de Marcela.

-Sí papito, ¿qué querés que haga? ¿Que me corte un brazo?

Gianni le dio un beso de esos a Agustín y se fue a cambiar.

Agustín se calmó con el sólo contacto de la bocota y los bigotes de él.

A Gianni se le mezcló la ingenuidad de Agustín con la de Ariel.

Dos A, porque el nombre de Alejandro no entraría en la cuenta.

La muerte de Delfina

Entró a limpiar como todas las mañanas el baño de mujeres de la biblioteca.

Delfina cuidó como siempre que no hubiera nadie para no importunar.

Igual sabía que ninguna de las chicas llegaría antes de las ocho de la mañana y eran apenas las siete y media.

Todas las puertas de los cubículos con inodoros estaban abiertas, y un desastre de papeles y apósitos femeninos desbordaban los tachos. A Delfina no le daba asco, eso también era la humanidad. Mientras embolsaba pensaba que se había ido de boca al hablarle mal de Martha a Marcela, era obvio que ellas estaban enamoradas, pero como buena mujerona de edad tenía memoria.

En 1977 Martha ya era bibliotecaria y estaba

demasiado callada cuando alguna compañera dejaba el empleo.

¿Se hacía la tonta o no quería levantar la perdiz?

Doris, la antigua directora le había advertido sobre ella:

-Además de torta debe ser quilombero, le dijo con tono señorial, tan señorial que hasta las palabrotas sonaban bien en sus labios refinados.

Delfina le creyó, pero no se entendió a sí misma por qué había dicho semejante cosa a Marcela, «es una cagadora».

No debió decir eso por el sólo dicho de que *cuando el río suena agua trae*.



Había terminado de embolsar el papelerío sucio y había empezado a llenar el balde con lavandina cuando le pareció escuchar que de uno de los cubículos salió un ruido, como que alguien estaba ahí haciendo lo suyo. Cerró la canilla para escuchar mejor. Estaba segura de que no había nadie, pero el ruido fue muy claro, era un pedo. Suave, casi repri-

mido, pero una flatulencia al fin.

-Hola, hola dijo y golpeó apaciblemente la última puerta entreabierta. Silencio.

Me estoy volviendo loca, pensó al abrir de par en par la puerta en cuestión y constatar que no había nadie.

Giró un poco abruptamente cuando volvió a escuchar ahora con absoluta claridad un pedo tipo metralleta: largo y como una trompetilla aguda. En el sobresalto se dio en el medio de la frente con el marco de madera, cayó hacia atrás y su cráneo pintó entre grises y púrpura un riachuelo.

Su mirada se tornó turbia y entre la neblina olió, antes de morir, un inconfundible olor a pedo.

El hallazgo

Susana tenía la costumbre de ir al baño antes de ponerse frente al mostrador de la biblioteca con cara de Susana.

Le gustaba observar que su pelo estuviera en su lugar y que el leve esfumado de la sombra de sus párpados tuviera una cantidad exacta de color en cada uno.

Al abrir la puerta frunció levemente su nariz pensando que Delfina estaría retrasada con la limpieza, porque emergió un profundo olor a mierda mezclado con lavandina.

Se detuvo frente a un riachuelo rojo que le hacía marco

a la palidez mortuoria de la portera que curiosamente tenía los ojos muy abiertos y la nariz también fruncida.

Susana, Mónica y la policía

Sentada en la biblioteca Susana aceptó el vaso de agua que le ofrecieron, por los nervios. En realidad no estaba para nada nerviosa, pero debía sostener la cara de circunstancia. Sobre todo para que no la jodieran. Justo hoy que tenía turno con el oftalmólogo y necesitaba pedir salir un rato antes.

Aun tenía la nariz algo arrugada, del asco de la sangre como de película de Darío Argento. Pero lo peor era ese olor a caca mezclado con la lavandina.

Tragó un sorbo grande de agua.

La agente esperaba a que se repusiera con cara de ansiedad.

Logró entrever entre los uniformes azules a sus compañeras

que contraían las caras con dolor.

Delfina era muy querida por todas. ¿Quién pudo hacerle semejante cosa?

Dos horas después retiraban el cuerpo del lugar en una camilla bastante destartada que se revelaba más en su precariedad debido a los flashes de las cámaras.


¿Qué horror, qué horror ¿quién habrá sido el degenerado que le hizo esto a Delfi? Seguro que prefirió morir a ser violada. Las palabras de Mónica, la representante de la biblioteca frente a Derechos Humanos fueron contundentes.

Estos tipos no tienen freno.

Mientras hablaba declamativamente para que algún micrófono se le acercara, cosa que logró en el segundo intento, irguió su busto como una auténtica guerrera.

Se oyeron unos aplausos apagados desde el fondo de la multitud que se iba agolpando. Ella digna, pidió recato por la compañera asesinada.

Una oficial se le acercó y le dijo al oído que

antes de declarar o conjeturar convendría 
esperar los resultados de la autopsia.

Un periodista preguntó acerca de la seguridad del edificio

Ella despectiva le contestó:

-¿Seguridad? ¿De qué me habla? ¿No sabe cómo estamos viviendo? En qué ciudad vive, ¿en qué país vive? Sonrió triunfante al ver cómo acomodó a ese periodista amarillista que pretendía amilanarla.

Susana salió con grandes anteojos oscuros y la miró desde allí a Mónica, con el mentón alto.

-Allá, allá, gritó uno de los camarógrafos y persiguieron a Susana. La dejaron hablando sola a Moni, para su rabia.

-¡Es la testigo ocular del hecho!

Otra corrida pero algo detuvo por un instante al grupete,

se corrieron un poco de Susana como si tuviera alguna extraña enfermedad: mezclado con su falso perfume Chanel N° 5 emergió un olor inconfundible.

A pedo.

Gianni es un nombre de guerra

Gianni fue un nombre que le apareció a los veinte años, de la mano de uno de sus amores más dolorosos.

Juan Luis está en su documento nacional de identidad.

Gianni no fue un nombre artístico, es el nombre de militancia. Tampoco tenía cincuenta años, por más que su contextura fuera así, estaba más cerca de los sesenta años, casi sesenta años.

No le importaba ya la edad que tenía en este momento, vivía algunas cosas buenas para detenerse en ese detalle inexorable.

De joven la había pasado muy mal. Tenía una fea cicatriz de bala en el muslo derecho.

Como chiste decía que la cicatriz de «bala» la

tenía de chiquito.

Nacido y criado en Lanús ser puto le resultó un dato pero no demasiado traumático.

Cuando nos conocimos yo no era Coso. Era oso. Tenía un cuerpo fuerte y tosco como el de él.

Elegir el mismo lugar de lucha nos reunió aún más.

En el primer encuentro en la casa de Fito, lugar más que clandestino de anarquistas, cuando nos vimos supimos cuánto estaríamos juntos. Nos reímos de esa pavada de lo privado y de lo público. Como si las ideologías no se hubieran gestada entre sábanas.

Gianni estaba más expuesto que yo, andaba «calzado», no precisamente con zapatos.

Tenía una barba profusa y una melena que los milicos ya llamaban subversiva en ese momento. Un oso muy llamativo.

Fito un día nos comunicó que estábamos fichados, recontra fichados, había caído Meri y lo habían hecho cantar.

Supimos por un contacto de adentro que le

habían dado como para que guarde y para que tenga, lo quemaron a más no poder. Ya le habían quitado la pastilla de cianuro, liberadora de esa mierda, cuando lo atraparon en una redada en Monte Grande. Después lo «pasaron» pero Gianni era el siguiente al que buscaban junto a mí.

Unos amigos de La Plata nos consiguieron los papeles para irnos a Brasil y desde ahí ver qué hacer.

Quedamos que primero viajaba él.

Se fue desde Retiro para Misiones y de ahí cruzó la frontera, con la cabeza casi afeitada y su mentón con pocito al sol.

Yo viajaría una semana después. La guita siempre fue un problema.

Fito nos dejó un rato en el galpón del fondo para darnos unos abrazos y acordar encontrarnos en la casa de una amiga en Río de Janeiro.

Cuando vi su espalda recortada en la puerta supe por no sé qué cosa que era mi última vez de cuerpo a cuerpo con él.

No lloramos nada, teníamos los ojos demasiado ocupados de ansiedad, miedo y amor. Qué lindo puto que es, aún hoy. Corajudo, inteligente, amoroso, honorable y peleador. A mí me agarraron seis días después de ver su espalda ancha recortada en la puerta. Supe que él me esperó durante más de un año en Río, hasta que nuestros contactos, finalmente, se decidieron a decirle que me habían «chupado».

Me hubiera gustado que las corrientes de agua me llevaran para allá. Fue lo que pensé, medio boleado por la falopa que me habían metido y el golpazo contra el agua, cuando me empecé a hundir en el Río de la Plata. Quizás lo hubiera visto, entre otros caracoles y acaso caminando por las playas de Ipanema, mucho antes de cuando lo pude encontrar.

Martha y Marcela en escáala en Río

Martha le dio un enorme abrazo a Vilma. Vilma tenía todos los colores que alguna vez imaginó debía tener puestos una mujer en Brasil. La tez alguna vez blanca era ahora marrón río. Río de la Plata, porque Vilma era argentina.

Estrangulada en collares maravillosos. Sus dientes y su pelo hacían perfecto juego de blancuras. La solera tenía los colores de mares lejanos y próximos. Y el abrazo franco se extendió hacia Marcela también. Como siempre, como nunca.

Qué linda novia, Martha, dijo con una naturalidad inefable.

Dejaron los bolsos. Se acomodaron sin desar-
mar mucho ya que en una semana partirían

a la amazonia.

A esta altura yo, Coso, como en una Web chamánica, recibía los cuentos de los otros Cosos, que como yo andan vagando por Latinoamérica.

Y finalmente Martha y Vilma me recordaron junto a Gianni.

Marcela enderezó la espalda al escuchar ese nombre. Tomó un largo sorbo de caipirinha y miró un horizonte inexistente.

«Gianni», quedó resonando. Tuvo celos, de pronto, de algo que no supo pensar. Que no quiso asociar.

¿Gianni o su amiga Yani le sobrevolaron?

¿Sería el Gianni chef, el jefe de Agustín?

¿Tanta coincidencia?

Marcela fue poniendo en orden su fichero, como bibliotecaria que era.

Le gustaba preguntar con precisión, era de una generación donde el pensar en voz alta, el buscar las preguntas verbalizando en borrador era como un delirio. La dialéctica no estaba de moda en su juventud de los noven-

ta. Sólo el intercambio de monólogos precisos era la práctica.

Ordenó preguntas casi al modo de una analista, no pudiendo escuchar más que como una radio mal sintonizada, la enorme cantidad de información que se estaban cruzando Martha y Vilma. Se lo perdió todo, y de hecho a la noche muy tarde, algo mareada de caipirinhas y calor, cuando se fueron a acostar se olvidó de todo lo que quería preguntarle a su novia. La palabra pareja no les hacía honor, le bailoteó en la cabeza.

Mañana será otro día, llegó a pensar, antes de dormirse acurrucada al terciopelo de Martha.

Delfina era una batidora

Las razones no son muy razonables cuando de miedo se trata.

El miedo a la miseria, como le habían inculcado a Delfina, era un punto que la hizo actuar como un piñón fijo. Y la decencia.

Cuando estaban frente a la televisión detestaba que su marido eligiera series policiales o de crímenes. Esas mentiras la volvían loca. Lo peor fue que con el paso del tiempo a sus dos hijos también les gustaba mirar fútbol y series policiales.

Muchas veces no le quedaba otra que ver con ellos en la sobremesa de la cena esas porquerías. El marido le decía que más de una serie estaba basada en hechos reales. Ella se ponía roja como un tomate y le espetaba: no seas

tarado, son inventos para ganar plata y nada más.

Pero una noche fue el colmo, estaban viendo una película y cuando ella resignada después de lavar los platos se sentó con los muchachos a enterarse qué mierda estaban viendo, se sobresaltó con el título del anuncio en la tanda, se llamaba *El informante*.

Se sintió mareada con la palabra, dijo no entender qué era el informante, el hijo menor le explicó con los ojos clavados en la pantalla: buchón, mamá, qué va a ser, el que bate datos a la policía.

¿Bate? Dijo ella. Sí mamá es un batidor o batidora si es una mina. Se mete entre los de la banda y les pasa datos, la cana los atrapa antes y los hace fruta.

Delfina se levantó y dijo me voy a dormir. Se acostó después de ponerse el camión limpio y planchado. Se estiró boca arriba y pensó en que los años se le habían acumulado en la espalda. Sintió el peso de la mochila de estar fregando desde chica. Sintió la mochila de un

hijo que le explicó casi treinta años después que era ser un informante.

No se le agolpó ninguna cara. No pensó en el pelilargo de apellido Merino que esperaba a Patricia a la salida de la biblioteca hacía más de treinta años. No recordó que Doris, la antigua directora de la biblioteca, le había dicho que no se metiera en los ficheros de lectores ni dejara entrar a nadie sin avisarle. Se acordó solamente que Patricia no trabajó más desde 1977 y que al pelilargo le decía Meri, la escuchó clarito que se lo susurraba a Martha en la cocinita, cuando ella estaba pasando el trapo en el pasillo.

Tampoco se acordó bien de la cara de ese muchacho tan bien que en la sala de lectura la conversó un rato, la hizo sentir tan segura que le contó que se estaba por casar, que hacía poco que había logrado el puesto estable de ordenanza, que venía poca gente. Y que le parecía que había demasiado personal de biblioteca para los cuatro gatos locos que iban a consultar. La sonrisa de ese muchacho

estuvo muchos meses. Incluso un día lo acompañó hasta la puerta porque era una delicia conversar con él. Era limpio, sin barba y con un corte de pelo de hombrecito, se notaba que era de familia y a Delfina eso la atrajo.

Y lo que más le atrajo fue saber que tan joven y ya trabajaba en el gobierno, y que él le aseguraba que si seguía así de dedicada seguro que su jubilación estaba garantizada ahí.

No recordó bien por qué le contó que Patricia, una chica tan culta y linda, andaba con ese pelilargo de Merino, Meri como ella le escuchó decir.

No recordó nunca que a este muchacho siempre lo vio con el mismo libro. Meses y meses con un libro de tapas negras hasta que Patricia dejó la biblioteca.

Lo que recordó Delfina, ahí acostada, era el escalofrío de placer que le dio encamarse con ese muchacho, seis meses antes de casarse con el padre de sus hijos, del que no recordaba la cara, pero sí su extraordinaria verga. Y que

Martha no dijo ni pío cuando se enteró que Patricia no trabaja más ahí de un día para el otro. Pensó que era una mala compañera, una cagadora esa tortillera, que nunca habló de por qué, una chica tal culta y tan linda, no apareció nunca más.



Mariana nunca quiso saber nada

Respiren hondo, exhalen lentamente, nuevamente inspiren y luego exhalen. La guía del grupo abrió los ojos e instó a todos a tomarse de las manos.

Mariana acababa de cumplir sus treinta y cinco años y su amiga Valeria la había mandado a este grupo como para revisar, así le gustaba decir a ella, ciertas cuestiones.

Al agarrarse de las manos con cada uno de sus vecinos de ronda percibió una presión particular del lado derecho, de reojo vio a un tipo de remera verde, bastante lindo.

La instructora siguió con sus cálidas consignas: vuelvan a cerrar los ojos y sientan el calor de sus compañeros, cómo la energía recorre la rueda y vuelve renovada a cada uno de ustedes.

Mariana lo único que sintió fue cómo se le humedecía la palma de la mano derecha, el de verde tenía la mano que ardía. La mujer del otro lado tenía la mano como un pescado muerto. No le gustó nada ese contacto.

Cuando se fue cerrando la sesión de terapia física de grupo, cuando ya habían estado enfrentados tocándose la cara con los ojos cerrados con Ariel, el de verde, cuando a esa altura de la reunión ya habían dicho sus nombres en voz alta, ella pensó que le gustaba bastante.

Se puso el bolso al hombro, volvió a sentir una mano ya muy familiar ¿quieres que tomemos algo por ahí? No dudó, pensó que quizás el sí fue algo precipitado. No importa, qué me importa lo que piense, no me conoce y no lo conozco, y la verdad que este tipo me calienta demasiado. Mariana sintió alivio de expresarse sin tantos remilgos. Él sonrió espléndido viendo cómo la instructora le hacía un guiño a ella.

Caminaron casi callados, mientras sus cuer-

pos se gritaban de todo durante dos cuadras y media, hasta un bar chiquito. Tenía de todas maneras un lugar al fondo para fumar. Ella se sentó cuidando que él observara con mayor comodidad su trasero. Él se lo miró con tranquilidad, acatando placentemente. Hablaron de todo aquello que se supone necesario como preámbulo a la intimidad física.

De la otra, ella nunca quiso saber nada.

Mariana le contó de su secundario, de su fallida graduación en sociología, de que aún no encontró lo que buscaba, como si fuera una destinación su lugar en el mundo. ¿No crees en el destino?, aprovechó a preguntarle. Ariel se quedó mirando el humo del cigarrillo que se escapaba de entre sus manos.

Mariana habló del deseo de viajar, de irse de la casa de sus padres, de hacer algo distinto.

Y también de que este país no le ofrecía oportunidades a nadie. Él le dijo algo respecto a la última dictadura y algo así como qué querés, y ella asintió pensando que era hora

de ir a un lugar juntos, a solas.

Cada uno pagó su café, cada uno fumó sus propios cigarrillos. Por primera y última vez.

El hotel alojamiento lo pagó ella.

Mariana no le contó a Valeria este último detalle.

No quería saber nada acerca de analizar nada.

Fue así, porque dio y punto, no es para tanto.

Cuando ya entrada la noche volvió a su casa,

Mariana se sobresaltó con la pregunta de su padre: cómo te fue.

No se entendió a sí misma por qué le contestó qué mierda te importa.

Su padre no dijo nada pero apagó el televisor para no molestarla en su descanso. La madre de Mariana lo miró largamente a su marido y vio toda la tristeza condensada al apretar el botón de off del control remoto.

Ariel nunca quiso saber nada

Para qué enroscarse con una mina habiendo tantas, se dijo Ariel, camino a su casa después de esa tarde-noche de encuentro en un hotel alojamiento con su nueva conquista, Mariana.

Debió reconocerse que la fulana en cuestión era prometedora: suelta, audaz e independiente.

Hasta quizás mucho más clara que él.

Una cuadra después recordó que con respecto a Claudia, su anterior novia, había pensado casi lo mismo, pero en menos de un año la soltura era una pose, porque era más vulgar que un mate lavado, la audacia era un egocentrismo mal disimulado y la independencia un montón de basura y de cursilerías que

disfrazaban el ensueño de La Familia.

Todas, más lindas o más feas, le terminaban hinchando las pelotas: o competían o se hacían las sometidas para poder manipularlo. Así estaban las cosas y Ariel se preguntaba si no debían ser de ese modo y él era el pelotudo que no terminaba de aceptarlo.

Pero de pronto se acordó de los pelos de Luis. Hizo fuerza para que no se viniera la rotunda presencia de él y no pudo.

Se le apareció al oído la risa franca y estruendosa de Luis cuando lo llamó Juanlú. Esa franqueza en la risa y la postura nunca la volvió a tener con nadie, esa sensación de estar en casa, en sí.

El recuerdo de él fue lo que le dio valor para decirle a Claudia y a tantas otras: comprate una pija y dejame en paz, en el colmo de reclamos y más reclamos con las que todas, al menos las que eligió él, se precipitaban más tarde o temprano. Todas se enamoraban de algo de él y por lo mismo, poco después, lo castigaban o se vengaban.

Quiso no poner demasiadas expectativas en Mariana.

Quiso no soñar en que era posible bajar la beligerancia entre varones y mujeres.

Quiso que la huella de Luis fuera menos profunda.

Y para variar pudo a medias.

En su sensibilidad la piel de esas mujeres era poderosísima.

Era el poder, sentía como lo arrastraba hacia el vórtice del placer.

Pero la amistad con Luis y una sola encamada lo habían puesto de otra manera con respecto a sí mismo. Luis le había regalado una libertad singular: la de negociar hasta un punto que es innegociable, era la libertad de elegir a partir de su propia percepción del mundo.

Fue así que la Institución Mujer, la Institución Varón, la Institución Placer, la Institución Amor pasaron a ser revisados cada vez con cada cual.

Y también la Institución Reciprocidad.

Supo después que Luis era anarquista.

Decidió llamarla a Mariana al día siguiente y ver qué pasaba.

Aminoró el paso poco antes de llegar a su casa para ver qué le pasaba.

Se sentó en el umbral para pensar qué estrategia usar para que nuevamente nadie le empiojase la alegría, ni siquiera Mariana, que le gustaba tanto.

Había asimilado que ese precio no se negocia, repasó, mientras se rascaba sobre la bragueta largamente.

Sintió que las bolas le picaban más intensamente cuando se le cruzaron por la cabeza una infinita cantidad de caras que le demandaban en rojo, que debía hacer otra cosa de la que hacía.

Y se las rascó con ganas como para no olvidar que las tenía pero que eso era sólo un primer dato.

Ariel ya no quería saber nada con ninguna manipulación posible.

Eso lo había entendido.

Decidió sacar de su bolso el libro que había pedido prestado en la biblioteca.

Miró el índice

- ♦ *Los persas* (472 a. C.)
- ♦ *Los siete contra Tebas* (467 a. C.)
- ♦ *Las suplicantes* (463 a. C.)
- ♦ *Orestíada* (458 a. C.) que comprende:
 - o *Agamenón*
 - o *Las coéforas*
 - o *Las euménides*
- ♦ *Prometeo encadenado* (autoría en discusión)

Se quedó pensando largamente acerca de la autoría en discusión. El autor de los hechos, de las ideas.

Se le borroneaba todo al tratar de pensar si su vida era de su autoría o también estaría en discusión.

No creía en ninguna fuerza superior, sin embargo se comportaba como el más fiel de los creyentes de cualquier dogma de destinación.

Mientras hojeara distraídamente las páginas cayó en la escena donde Casandra sufre el

castigo de que no le crean lo que vaticina.
Él pensó nuevamente en Gianni cuando,
como un vidente, le dijo que lo peor lo iban a
sufrir las generaciones venideras, inclusive él.
Ariel seguía sin entender esa frase.
¿Peor que una dictadura? ¿Peor que asesina-
tos, secuestros y torturas?
Él le dijo que sí, y antes de que las
computadoras domésticas existieran, le habló
del formateo de personas.
No entendió y lo dejó para otro momento.
Sintió un poco de frío y decidió entrar.
Encontró a su madre sentada en la cocina con
un papel en la mano y con los ojos como una
canilla abierta.
¿Qué pasa, mamá? La señora le extendió el
papel. Era un telegrama de despido.
Ella con voz plañidera repetía cómo vamos a
hacer, de qué vamos a vivir.
Ariel la abrazó. Ella se quedó quieta.
Él le dijo, como un fervoroso creyente en los
milagros, algo va a aparecer.
La mamá le sonrió y no dijo nada. Se parecía

también a Casandra.



Durante años y años renovó el préstamo de ese libro.

Martha le cuenta a Marcela quién es Gianni

Marcela escuchó intensamente sin interrumpir ni un instante la larga historia de Gianni y su relación con Martha.

En algunos momentos sintió escalofríos al pensar qué cercanos estamos, qué entrecruzadas están las cosas y el dicho *el mundo es un pañuelo*.

¿Sería por eso que las Madres de la Plaza Mayo llevaban esos pañuelos en la cabeza?
¿Sería una advertencia visual acerca de esta proximidad, de estos cruces y que todos estamos muy cerca del horror?

Martha le dijo que supuso de entrada que el chef era Juan Luis y que no dudaba de la capacidad alquímica de este hombre que era

aún capaz de seducir, con tanto dolor encima de sus hombros y con tanta injusticia en su historia.

Marcela se abrazó a Martha, casi convertida en una desamparada y la imagen de Agustín se le hizo intensa. Lo comprendió y se comprendió.

En una especie de nebulosa de abrazos que la comprimían y descomprimían pensó en las tragedia de Esquilo.

Recordó el nombre de Ariel Verdún hecho un trapo verde manchado de sangre.

Pudo percibir el olor de la sangre como una leona.

Martha observó, al separarse del cuerpo de Marcela, que su mirada súbitamente había cambiado. Había emergido esplendorosa una mujer adulta en medio de la espuma sanguinolenta de un pasado hecho palabras. Sentadas en la galería de la casa de Vilma miraron un horizonte existente.

Martha dijo como una pitonisa que retirarse no es lo mismo que huir.

Y más intensa aún se dijo en voz alta: una cosa es querer y otra necesitar.

Martha me extrañó mucho en esa conversación, me unió a Gianni ante los ojos de Marcela. Me imaginó parecido a Agustín, al menos en su cabeza intentó ponerme rostro y cuerpo, dejé de ser Coso por un instante. Le dijo que me llamé Alejandro.

Se quedaron calladas, como sólo ellas sabían hacerlo, pero un volcán en las tripas de Marcela estaba por estallar.

Ésto me lo contó un Coso de Río y me dijo también que decidió irse sin hacer ruido.

Marcela llora por el orden que siempre pensó tener

La marcha que se desató en Marcela fue atronadora.

Toda su vida de recuerdos pasaba a una velocidad indescriptible, como flashes sintéticos o quizás simbólicos: las trencitas que le hizo su mamá el día que fue escolta de la bandera en la escuela primaria, su entrada a la fiesta de quince del brazo del padre y el dolor de esos zapatos tan altos, las carcajadas de su prima lesbiana, las caras de decepción de sus padres cuando les dijo que quería ser bibliotecaria y no estudiar economía, cuando anotó en su libreta el nombre de Ariel Verdún, las vacaciones con amigas durante los años noventa a Cancún e Isla Margarita, sus ahorros en

dólares, su ropa tan apropiada para cada ocasión, la compra del dvd y la cámara digital en Paraguay, los cuatro perfumes que siempre estuvieron en su cómoda, los papeles que repartían algunos estudiantes a la entrada de la escuela y que ella siempre abollaba, cuando le dijo al primer chico que le gustó para novio que era virgen y no supo por qué, la cara de Agustín cuando preparaba su primera comida juntos, los reproches que le hizo a su papá por no tener un auto más grande, la cara de piedra que le puso a Mariela cuando le dijo que dejaba la escuela porque no le daba para trabajar y estudiar, el desprecio que le producían los cortes de calle, lo aburrido que le parecían los homenajes en la escuela secundaria por la noche de los lápices, que la película del mismo nombre le gustó mucho y que le gustaría tener una historia de amor así, que las medidas económicas que aparecían en la tele no las entendía, que le daba fiaca tener que votar, que su mamá nunca le quiso decir por qué dejó

medicina en quinto año, que le daban asco los drogadictos, que el atentado de la AMIA del 94 le significó alivio por el asueto escolar y no tuvo el examen de biología, que nunca escuchó qué pasó y no era hipoacúsica, que la psicóloga que eligió le gustó mucho porque le aprobaba todo lo que estuviera en sintonía con lo que quería, que nunca pensó, hasta que conoció a Martha, en lo que necesitaba. El collage de todo esto y más le sucedió entre un ataque de llanto silencioso que brotó de cada centímetro de su cuerpo. Se le escapó un flato y no lo disimuló. Martha la acompañó sin preguntar.

Una reunión de Cosos

Tuve la oportunidad de reunirme con un montón de otros Cosos hace relativamente poco.

En el 2001, concretamente.

Nunca supimos si fue gracias a la Corriente del Niño y a sus travesuras climáticas que nos suspendió a gran parte de nosotros, de toda Sudamérica, cerca del Río de La Plata.

En realidad era en el centro de la ciudad de Buenos Aires, y en vistas del espacio era la parte de atrás de una camioneta.

Éramos cientos pero entrábamos perfectamente cómodos en el lugar, seguíamos siendo gaseosos.

El rum rum de todos juntos se parecía al escape de una moto vieja.

Fue en esta reunión, antes de que se produje-

ra el plenario, que algunos Cosos se me arri-
maron y sobre todo uno, el de Río de Janeiro,
me contó sin voz acerca de Vilma.

Alguno dijo que fuéramos pensando de a uno.
Ahí escuché con atención a un Coso hablar
acerca de la proliferación de sahumeros
supuestamente sanadores, en los puestos
callejeros de Buenos Aires.

Otro protestó: ¡nos quieren tapar con olor a
esencias artificiales!

Nunca había pensado en algo así. Quizás
había estado algo ausente tratando de habi-
tuarme a mi cosicidad.

Pero era cierto.

Esencias artificiales me hizo especular varias
cuestiones.

Había muchos olores que antes no existían,
supuestamente.

Pero el olor a podrido y a mierda debían ser
desterrados, de eso me acuerdo.

Siempre se habló de lo inmundo: todo lo que
es en el mundo parece asqueroso para mu-
chos, al menos.

Pero también decir lo que uno piensa es inmundo, pensar en otro orden posible es inmundo, proponer algo diferente es inmundo, cuestionar es inmundo. Ser mogólico también. El sexo contrariamente a tanta liberación seguía siendo inmundo, para más de uno.

Y tener memoria también es inmundo.

No sea cosa de tener problemas.

Sólo queda hablar del estado de los caminos, del clima y de pasar los noticieros en un zapping apurado como para decir que conocemos la vidriera de los acontecimientos, por demás inmundos.

Nos estábamos enardeciendo al repasar cómo el pensamiento milico se había disfrazado de progresista.


Me dispersé un poco de la reunión, pensé en los detalles que había observado en Mariana, en Ariel, en Marcela, en Agustín, en Delfina y en las compañeras de Delfina: Susana y Mónica.

En la profesora de terapia corporal y su «sien-

tan la energía» y ni nos registraba. Pero no en el padre y la madre de Mariana. Ni en la mamá de Ariel.

Parece que varios de mis compañeros Cosos también habían detectado algo similar en sus países.

Volví en mí cuando percibí que mis compañeros Cosos estaban por reventar de bronca y yo también.

Algo espesaba más y más la atmósfera adentro de la camioneta y al grito de ¡no lo vamos a permitir!, detonamos en un enorme flato, en un estallido de vergüenza y dolor que hizo explotar la camioneta en donde estábamos y salimos expelidos en diversas direcciones. 

Alcancé a ver en mi vuelo cómo las personas que estaban cerca salían volando en pedazos casi como nosotros.

Convirtiéndose en Cosos.

Nosotros no nos atomizamos, eso es imposible ahora, cada uno siguió su búsqueda gaseosa por entre los suyos y los yuyos.

Me causó gracia que los especialistas nunca

hallaron rastros del material explosivo que detonó ese día.

Las conjeturas adjudicaron el hecho a un grupo terrorista que maneja tecnología de última generación.

Jamás pensaron que los Pedos Unidos de Sudamérica podíamos algún día llegar a explotar juntos.

Y sus consecuencias por tanta injusticia.

Habíamos quizás caído también en el espacio idealista, tanto como ellos.

Pero diferente.

Así comenzó esta rebelión.

La rebelión de los Cosos.



En el Amazonas

Río Preto da Eva: ahí quisieron quedarse a vivir Martha y Marcela.

Manaos no era lejos si alguna vez quisieran alguna ostentación de civilidad.

Eligieron estar lejos de esos hoteles para extranjeros europeos que quieren jugar a los indios.

Lo lograron con alguna dificultad, era un poblado de 20.000 habitantes, y todo era cerca.

Marcela se alegró de que la acidez de las aguas hiciera que los bichos no la espantaran.

El río Preto da Eva es un corto río amazónico brasileño.

Les gustó esa sencillez fluvial frente a la opulencia del río Amazonas.

Estaba próximo a su sensibilidad. A la de las dos.

Ya instaladas, a la luz de un candil, suspiraron de alivio.

Unos Cosos de allí se comunicaron claramente con ellas tiempo después.

Se reían cagándose a pedos. Supieron el código tras unas pocas palabras de una mái del lugar.

La extravagante historia de estas enamoradas tiene una particularidad: fueron muy felices pero nunca comieron perdices.

Hasta que Martha, una noche ya muy viejita, le recomendó a Marcela que siempre se siga comunicando con los Cosos, pues esa noche se iba con ellos.

Mantuvo sus rutilantes pecas siempre y ya como Coso saturó de brillos la oscura noche de Marcela cuando se quedó sola mirando las aguas del río Preto.

Escuchó da Eva y su sonrisa la acurrucó.

Unos años después Indira fue su nuevo amor, Martha la ayudó ya como Coso, y pudo propagar en una voz joven la comprensión acerca de los Cosos.

Tanto Martha, como Marcela e Indira, nunca cayeron en esa beligerancia con los varones. Menos aún desde su comunicación con los Cosos.

Pero reconocían que el fenómeno era creciente. A la tradicional misoginia se producía en espejo una nueva calamidad: la misandria. Indira una noche le contó a Marcela, ya de piel dorada eternamente y de pelo casi blanco, lo que le producían los varones después de algunos episodios que vivió en su adolescencia.

Marcela con infinita paciencia le leyó un pequeño artículo:

La misandria es el odio a los varones. Proviene del griego ἰεὸάϊαῖνβᾶ misandría, de ἰεὸάϊιτ miseín: 'odio' Ὑϊᾶñüò andros, 'hombre'. Por etimología es el directo antónimo de misoginia. Sigmund Freud ya contemplaba desde sus análisis del psiquismo humano un movimiento opuesto a la misoginia, descubierto al estudiar un caso de homosexualidad femenina o lesbianismo, pero en su tiempo aún no existía un nombre para definirlo: «Indignada y amargada ante

esta traición, la sujeto se apartó del padre y en general del varón. Después de este primer doloroso fracaso rechazó su femineidad y tendió a dar a su libido otro destino. En todo esto se condujo nuestro sujeto como muchos hombres, que después de un primer desengaño se apartan duraderamente del sexo femenino infiel, haciéndose misóginos» (S.Freud Obras Completas. «Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina o lesbianismo», 1920. Ensayo CXII, pág. 1516

Indira se quedó pensando.

Marcela la acurrucó y le dijo que ella también tuvo una época de nefastas generalizaciones. Pero que se abriera a la posibilidad de que no es cosa de varones o de mujeres, esa beligerancia es oportuna para ciertos esquemas de poder.

No del poder hacer sino del Poder.

Indira lo pensó muchas semanas hasta que escuchó en el lenguaje de nosotros, los Cosos, que hay de todo en este mundo inmundo. Esa noche ambas tocaron sus respectivos tambores y los Cosos del lugar se arremolina-

ron en una fiesta particular, el tamborileo sonó hasta los límites más profundos de la selva y una orquídea casi púrpura se abrió.

Los alemanes que quisieron contar la historia

La noticia del atentado con el coche bomba en una esquina céntrica de Buenos Aires, dio una idea extraña a dos alemanes de la Universidad de Frankfurt. Si bien eran docentes e investigadores en arte se unieron a dos sociólogas y decidieron ir al lugar del hecho. Imaginaban que el atentado a las Torres Gemelas tenía su correlato con este episodio. Y un cierto rasgo estético.

Si bien el suceso porteño fue poco después del 11 de septiembre no tenía nada que ver. Pero analizaron ciertos cruces posibles.

Llegaron a Buenos Aires y esta pequeña comitiva, formada por Garin y Hahn, especialistas en arte, y las sociólogas Ilse y Floy,

tuvo que denunciar el robo de su equipaje a la salida del aeropuerto.

No lograron demasiado, ellos habían retirado de la cinta transportadora sus valijas pero después de cargar en un remis sus cosas y subirse, el conductor los obligó a bajar en el descampado y arrancó con las maletas. Tenían sus documentos y tarjetas en sus bolsos de mano, pero nada más.

Los cuatro se quedaron finalmente parados a las puteadas alemanas en medio del camino.

Un patrullero los socorrió pero entre ambas brutalidades de idioma, ellos pensaban que cualquiera habla al menos inglés y el milico que pensaba que estos gringos eran unas bestias que no entendían una palabra de castellano.

Lo único que lograron fue llegar al magnífico hotel en el que tenían las reservas y luego buscar un traductor.

Al momento de la cena decidieron comer en el hotel, Ilse no lograba controlar sus nervios y no quería exponerse otra vez a una ciudad

que la recibía de ese modo.

Garin se le rió en la cara, ¿acaso estas cosas no pasan en Europa?

Ilse que apenas lo conocía le contestó ásperamente que era distinto.

Hahn se empezó a divertir, le parecía una puesta en escena perfecta para hacer una performance callejera. Floy no dijo nada pero se calzó con ímpetu los anteojos y se puso a comer.

Yo, Coso, estaba cada vez más divertido con esta situación. Encontré dos Cosos amigos cerca y entre los tres hicimos un fuerte ruido en ese lujoso restaurante.

Floy pegó un grito agudísimo, Hahn se cayó para atrás, un mozo que pasaba tiró la bandeja al suelo colaborando con el estruendo, Ilse histérica corría sin sentido mientras el maître intentaba frenarla en inglés.

Garin se quedó como estaqueado, en medio del caos, y se desplomó hacia delante, desmayado. Los otros pocos comensales que había se fueron por la puerta más próxima.

A la mañana siguiente tomaron el primer vuelo a Frankfurt y escribieron en sus informes de la Universidad que sin duda ese país era un semillero de terroristas.

A los artistas se les fue de la cabeza la posibilidad estética de ciertos acontecimientos.

Y las sociólogas se anotaron meses después en un curso de castellano.



Los documentos siempre son falsos

Agustín andaba desganado.

Si bien con Gianni la relación crecía, no podía verbalizarle cuánto lo quería ni cómo lo quería.

Ese día llegó más temprano al restó que de costumbre y estaba solo.

Mientras preparaba una masa de hojaldre para uno de los platos de la noche entre capa y capa de manteca, el preciso doblado y estirado de la masa, necesitó repasar estos últimos meses de su vida.

No había tenido ninguna noticia de Marcela, y la extrañaba.

Si bien se dio cuenta que la relación no era lo extrañable, se preguntaba por este vacío de información. Su ex suegra no largaba palabra


acerca del paradero de ella. Él aceptó esta decisión, quizás por cola de paja.

El estar con Gianni le daba una plenitud que nunca había sospechado poder tener con alguien.

Si bien no vivían juntos jugaban a las visitas casi todos los días.

El sexo fue mermando y dando paso a otras expresiones, muy intensas y curiosas para Agustín.

Gianni en la intimidad y ya con confianza parecía no tener puntos medios: o hablaba mucho o estaba muy callado.

Agustín aprendió esta forma y no le molestaba. 

Pero se daba cuenta que él no tenía la capacidad de generar una conversación interesante, a diferencia de Gianni que con el más pequeño suceso podía hacer toda una experiencia.

Volvió a doblar la masa de hojaldre y la puso en la heladera.

Miró ese libro comestible con satisfacción: estaba muy prolijo.

Tomó agua helada y se sentó en un taburete alto de la cocina.

Tuvo un respingo: dudó de los ingredientes. La carpeta de recetas de Gianni estaba en el cajón de la oficina, recordó y necesitó corroborar la precisión de su trabajo.

Afortunadamente la carpeta estaba allí, como esperaba, esa gruesa carpeta de anillos de tapa desvaída por el tiempo y el uso tenía olor a él.

Mientras buscaba la receta, vio un sobre marrón pegado en la parte de atrás de la tapa. No sabía si debía o no mirar, decidió que sí. Adentro había tres fotos viejas, reviejas. Estaba en cada una, sin duda, Gianni: dos estaban en blanco y negro, una con una mujer pecosa y muy joven, otra con un tipo tan grandote como él con barba y bigotes, ambos flacos, y sin duda enamorados. Algo en sus caras era incuestionable en este sentido. Estaban en un patio con una parra de fondo, como de un barrio lejano al centro.

La otra más nueva con un varón de remera verde.

Escuchó la puerta de atrás y se sintió incómodo.

Guardó todo apurado y fue para la cocina, ya olvidado de la receta que quería mirar.

Era el barman que llegaba con cara de recién levantado y bañado.

Le dijo hola casi distraído y se fue para el lado de la barra.

Agustín se sentía no sólo desganado ahora, sino ensombrecido.

Algo le olía mal en ese hallazgo fotográfico. Se dio cuenta de lo poco que sabía de la vida de Gianni.

Se dio cuenta que Gianni siempre lo escuchaba a él con sus trivialidades, con una mirada honda y tierna.

¿Serían parientes esas personas?

¿Anduvo con mujeres en el pasado?

Agustín pensó en todas las fotos que le había mostrado a Gianni: cuando ganó su primera medalla en atletismo, cuando fue a Bariloche,

la barra de amigos del barrio, su primera foto con gorro de cocinero, las fotos de los abuelos con él en la calesita, la de sus padres en su bautismo, una de carnet cuando tenía nueve años, en la playa a los dieciocho con una novia del verano y de pronto recordó que una foto la escondió. Recordó con vergüenza cómo se puso colorado al repasar esa situación y siguió hablando como si nada y pasándole otra de un viaje a Bolivia.

En el momento en que hizo eso no pensó por qué, en realidad era una foto con un primo lejano, era de La Pampa así que era más lejano aún.

Gustavo tenía cuatro años más que él y se reencontraron en Buenos Aires un par de veces porque se quedaba en la casa de su abuela.

En ese momento de reencuentro Agustín tenía dieciséis años y su primo veinte.

La foto en cuestión era en San Telmo.

¿Por qué le había avergonzado ese documento hecho foto?

Era una polaroid de unas de las amigas de juerga y los dos estaban enfiestados, con las caras rojas, transpirados y borrachos.

Fue su debut con el alcohol.

Pero no el único debut.

Volvieron a la madrugada y habían convenido en dormir en lo de la abuela, la pieza de huéspedes tenía dos camas y la Nona estaba muy contenta de tener a los chicos en casa.

Agustín tenía tanto sueño y tanta cerveza encima que se sacó solamente las zapatillas y se tiró en la cama.

Se le escapó un pedo y se despabiló, Gustavo ya estaba en calzoncillos se rió y le dijo: ese culo está pidiendo.

Se rieron aún más fuerte y la Nona chistó.

Apagaron la luz. Pero en la penumbra Agustín sintió que Gustavo seguía de pie, parado entre las dos camas.

Al rato la penumbra se le hizo familiar y vio a su primo tocándose por arriba del calzoncillo.

Sacó el pito y lo meneó.

Susurrando le preguntó: viste qué grande.

Agustín mintió en otro susurro: ¿qué?

-Mi chota boludo.

No veo nada, está oscuro, esto lo dijo más bajo aún.

Gustavo se aproximó y casi le rozó la cara con la pija que estaba en plena erección.

Agustín tuvo un gesto irreprimible: la agarró y lo empezó a pajar, un leve gemido vino desde el otro cuerpo, sí, sí, así.

El primo dobló su flaco torso y lo empezó a besar. Agustín quiso sacar la boca diciendo para, para que no soy puto. Yo tampoco dijo el otro, pero estamos recalientes y siguió.

Agustín en el mareo lo dejó tirarse a su lado, sacarle la ropa y desnudos se abrazaron, se tocaron con desesperación y en esa frotación acabaron.

Gustavo se levantó tambaleante y lo último que recordó Agustín fue la sábana con la que se limpió la leche y se tapó.

A la mañana se despertó totalmente vestido y con un vómito en el costado de la cama,

Gustavo roncaba a pata ancha.

La Nona canturreaba en la cocina: vamos muchachos que el almuerzo está servido.

Agustín no pudo entenderse por qué aun sentía culpa con esa foto, foto que por lo demás no hizo más que recordarle un deseo, sólo eso y perdido vaya a saber en qué recoveco de su cerebro.

¿Por qué necesitó ocultarle ese documento a Gianni?

¿Por qué supuso que esa foto documentaba algo cierto, más allá de la existencia pretérita de una juerga con un primo lejano en un bar de San Telmo?

Pensó en cuántas pelotudeces creyó porque las vio en televisión.

Sintió un escalofrío cuando abrió la heladera y vio la masa del hojaldre, como un libro. Se parecía tanto a ese libro de la tragedia de Esquilo que encontró en la mesa de luz de su pieza, cuando Marcela se fue.

Quizás esa masa era más cierta que tantas otras formas que creyó ciertas porque estaban

frente a sus ojos.

Cuando llegó Gianni e inundó de alegría el lugar, sintió algo parecido al enojo y al reproche.

No pudo dejar de amasar que esa noche después de trabajar iba a haber quilombo.

Un flor de quilombo, como nunca se había permitido, era la primera vez que necesitó expresarle a él, a un varón, que lo necesitaba.

La gente comenzó a llegar y Agustín estaba retrasado pero Gianni no le dijo nada.

Otra versión de Las tragedias de Esquilo

Agustín le propuso a Gianni ir caminando a su casa.

Estaban cansados pero sin sueño.

Gianni olfateaba en la mirada de su compañero algo singular.

Estuvo bastante distraído en la cocina, de hecho algunos platos no le salieron con ese toque que solía ponerle y no pareció percatarse.

Durante la caminata lo único de lo que habló Agustín fue de la masa del hojaldre, que le había quedado como un libro y que se parecía al libro de las tragedias. Pero que éste al menos era rico.

Sin duda, le contestó Gianni, ambos los son.

Caminaron un trecho más y de improvviso

Agustín le dijo que había estado mirando su

carpeta y que se encontró con unas fotos viejas.

En menos de media cuadra le reprochó infinidad de cuestiones que eran más para reírse que tomarlas en serio, pero ese varón grande y honorable las escuchó en silencio sin protestar.

Gianni, cuando vio que Agustín se había calmado, le propuso contarle una historia fabulosa.

Le pidió que pararan en la plaza porque se la iba a contar como si fuera la protagonista del cuento y que iba a hablar como si le hubiera sucedido a él.

Agustín caviló acerca de qué se traería entre manos y así ese hombre grande comenzó casi sin respirar, sentado en un banco, a contar una historia como frente a un auditorio gaseoso, como una Sherezade moderna, donde las únicas presencias tangibles eran ellos dos.

Con voz profunda de barítono dijo:

-Soy Andrea Celeste, se puso la campera en

la cabeza como una peluca, y siguió ante la atónita mirada de una pareja que pasaba. Agustín decidió también sentarse ya algo risueño ante esa mariconada.

Continuó hablando impertérrito con esa melena improvisada y con mucha seriedad, revoleando los ojos y cruzado de piernas:

-Poco podría contarles de particular acerca de mi historia si no fuera por los cambios que tuve a partir de mi pubertad.

Cambios que en parte todos conocemos, que todos vivimos.

Pero a veces la biología hace sus bromas.

Y nuestra sociedad tiene bastante poco sentido del humor con ciertas cuestiones.

Mi infancia fue común. Nací en Magdalena.

Mi mamá trabajaba en una mercería de 8 de la mañana a 4 de la tarde y mi papá manejaba un remis con turnos rotativos... Por eso con mis hermanos, somos tres, Belén, yo y Facundo, nos mandaban a una escuela de jornada completa, del estado.

Salíamos todos temprano, mamá incluida y

volvíamos a las 5 de la tarde.

Mis gustos en los juegos estaban condicionados por mi hermana mayor, no sólo me pasaba sus juguetes y ropa sino también su sentido de la responsabilidad y de la docilidad.

Belén es dos años más grande. Cuando cumplió los trece años y ocho meses, exactamente, se fueron con mamá al baño solas y no me dejaron entrar. Quizás por eso recuerdo con precisión el día: cumplía 8 meses de sus trece, y no me dejaron entrar al baño con ellas.

Salieron extrañas del baño, mamá cotorreaba, y papá la miraba fijo.

Cuando nos fuimos a dormir me susurró «me vino», ¿qué? le pregunté, «hoy menstrué».

Yo pensé «qué tanta cosa». Desde el verano que ella tenía unas tetas que poco tenían de nena. Me había dado bronca que mamá nos dejara afuera a Facundo y a mí. Las dos estaban como muy compinches y a pesar de que Belu (así le decimos) trató de compartirlo

conmigo, yo estaba triste.

En las semanas siguientes, mamá desarmó el cuartito de costura y le armó la pieza para ella sola. Decía que estaba más grande y que Facu y yo podríamos tirar un tiempito juntos hasta que hicieran una nueva habitación.

El tiempo siguió pasando sin demasiadas entreveros.

A mis catorce años yo no tenía demasiadas noticias acerca de mi desarrollo.

Pero una noche sentí unas fuertes puntadas en el bajo vientre, me hice un ovillo en la cama, me apretaba con los brazos la panza pero nada, el dolor seguía.

Me levanté y llamé a mamá. Primero suavemente hasta que junto una puntada fuerte grité aún más fuerte.

Por su cara me pareció que imaginaba que estaba soñando.

Me miró a los ojos y observó el piso: estaba parada en un charco de sangre. Rápidamente me abrazó y me dijo:

«No es nada, mi chiquita, es normal» y tenía

la misma cara que le vi con Belu cuando menstruó.

Me llevó al baño y mientras yo me lavaba en el bidet, ella cotorreaba: «Justo hoy le tocó a tu padre el turno noche, le dije, le dije que teníamos que apurarnos con la pieza para que estuvieran juntas Belu y vos».

Facu dormía como un tronco y ni se enteró, pero Belu nos escuchó, se metió al baño, me miró fijo, como si fuera una traidora, ante la ternura que mamá me dedicaba.

«No pongas cara de pollo mojado, Andrea, a todas las chicas nos pasa» me espetó y salió del baño con un portazo.

Me dormí con esa cosa entre las piernas que me puso mamá para que no chorreara y ya las puntadas eran más suaves. Mis tetas no eran gran cosa, pero estaban duras.

Hasta acá es la historia de cualquiera de nosotras, cosa más o menos.

Me cambiaron de pieza nueva con Belu, que estaba menos agresiva conmigo, y a Facu lo dejaron en la vieja pieza común, solo, y

mamá recuperó el cuartito de sus cosas.

Dos meses después de mi primera menstruación sentía rara la garganta. Mi papá me miró la faringe y dijo «Anginas no son». Cada vez que intentaba hablar surgía una especie de ronquido articulado que nadie reconocía. Era yo.

Simplemente estaba cambiando la voz. Al principio parecía que estaba medio disfónica. Pasaba el tiempo y no me dolía la garganta, sólo que mi voz era más grave y áspera. Pero no era una voz como de esas actrices viejas. Era diferente. Cada vez que atendía el teléfono, ya no me confundían con mi mamá o Belu sino con papá. «Hola, ¿Héctor?» No, soy Andrea, ya le paso con mi papá... Así es que dejé de atender el teléfono.

De chicos a Facu le confundían la voz con nosotras, para malhumor de él, ahora empezaba a comprenderlo.

Cada día hablaba menos, hasta con mi familia. Si estábamos comiendo y preguntaba algo todos miraban para el lado de papá pensando

que él había hablado. Era un bajón. Ya ni siquiera Facu se burlaba diciéndome que parecía el gallo Claudio. Ahora él también tenía el mismo aire de complicidad oscura que Belu y mis viejos.

Mis amigas de la escuela ya no eran muy mis amigas que digamos, me evitaban en los recreos, no sé por qué todas se callaban cuando entraba o largaban agudísimas risas cuando los profesores pasaban lista y yo decía «presente».

Los chicos me seguían mirando las tetas, ahora más grandes, turgentes y me pedían los apuntes como siempre, pero cuando les daba alguna recomendación sobre mi carpeta me observaban la cara y volvían a mirarme las tetas.

La única persona de la escuela que me seguía tratando igual era Marina. Ella también tenía la voz un poco grave, no como la mía, era profunda pero inconfundiblemente femenina. Fue Mari la que me dijo en joda en un recreo, riéndose de las que se reían de noso-

tras «deben pensar que somos travestis».

Fue ahí cuando me enteré de qué era eso.

Ingenua de mí le dije «Pero Mari, si tenemos concha y tetas, nos vestimos de chicas, ¿cómo vamos a ser travestis?»

Me bajó de un hondazo y me dijo: «no se trata de lo que seas sino de lo que los demás piensen que sos. Tu voz es de macho para todos, en todo caso de macho aputonado porque sos muy modosita, pero voz de macho al fin».

Un día llamaron a mamá del colegio. Habló con la psicopedagoga.

A los dos días estábamos en el consultorio de una otorrinolaringóloga. Pasó mi mamá sola primero y al rato me llamaron. Entré y comenzó a hacerme preguntas boludas: edad, nombre, colegio, regularidad de mi período, y evidentes pavadas para escucharme. Yo trataba de agudizar la voz y hablar rapidito. Igual fue indisimulable.

Me hizo una laringoscopia que me dio arcadas, pensaba que en cualquier momento la

iba a vomitar. –Esperá un cachito querida, respirá por la nariz, me decía con marcada dulzura.

Y seguía mientras hurgueteaba:

-Tus cuerdas están perfectas, digo en perfecto estado. No fuerces la voz porque se te pueden hacer nódulos, quiero decir, no hagas voces raras.

-No entiendo doctora.

-Te digo que hables naturalmente, tu voz es grave, no la esfuerces para que sea diferente, porque te podés lastimar. Te voy a mandar a una reeducadora vocal para que hagas unos ejercicios.

La cara de mamá era como de yarará que perdió el veneno.

Mantenia esa expresión preocupada desde su visita al colegio.

Desde ese momento no dejaron de llevarme a todo tipo de especialistas desde ginecólogos a endocrinólogos, de fonoaudiólogos a sicólogos, y hasta a una curandera.

Y nada, todo normal, sólo que tenía voz grave.

Hasta que fui a una profesora de canto, su experiencia y oído dictaminaron con claridad después de hacerme hacer escalas: «es barítono, al margen de que desafine.»

No tuve cumpleaños de 15. Sólo nos juntamos en casa con Marina, mi siempre amiga, tomamos unas cervezas a la noche en el fondo, las dos solas, mamá nos trajo una picadita y una pequeña torta de milhojas como a mí me gusta y nada más. Fumamos cigarrillos ya en la madrugada y entonadas y algo desatadas nos juramos ser amigas por siempre.

Fue así que no pude terminar la escuela secundaria. Eran tantos los problemas que causaba mi voz que mamá se pudrió de cambiarme de colegios. Claramente en casa estaban también podridos de mí, o de los problemas que les traía. Belu hacía tiempo que no me daba bola y Facu, ya grande y con un notable crecimiento de altura y de bigote, me escondía de sus amigos.

Papá siempre me miraba fijo pero no decía

nada. Era evidente que su oficio de remisero le había hecho conocer mucho de la vida y de las personas. Sólo cuando les dije que me iba a vivir a La Plata con Marina, me dio un abrazo y me metió un puñado de billetes en el bolsillo. Creo que estaba emocionado.

Como cuando parte «el hijo pródigo».

Pero yo era la hija del medio.

A esta altura se imaginarán que si no hubiera sido por el apoyo de Marina, no me hubiera animado a nada.

Ella me reputó cuando le dije que dejaba el cole.

Pero nunca dejamos de vernos y hablarnos.

Ya en La Plata sí íbamos a bares, ella se encargaba de pedir los tragos y cuando se acercaban los chicos ella les decía que yo estaba afónica. Así pude apretarme a un par de flacos. Como verán soy una chica normal. Y mi silencio hacía que les fuera muy atractiva. Incluso era evidente que se chusmeaban entre ellos que era calladita y calentona. Jamás fui a la casa de ninguno, ni ninguno a mi departa-

mento, sólo cogíamos medio rápido, en algún rincón oscuro del boliche o en alguna obra en construcción.

Cuando tomaba un taxi, si hablaba, me importaba un carajo que pensarán que era travesti, y alguna vez tuve cierta tranza con algún taxista joven y novato que hurgaba entre mis piernas esperando una pija disimulada y con algo de decepción, terminaba haciendo lo que todo varón se precia de hacer con una mujer.

Gracias a Mari conseguí un laburito en casa, de volcados de datos de encuestas. Mandaba por mail los resultados y me pagaban junto con Marina que era las que las hacía.

Los primeros meses fueron interesantes, leía mucho, íbamos al cine, chateaba, curtíamos recitales, pero una noche sucedió lo que sucede en nuestro país.

Un día, volvíamos caminando con Mari, medio escabiadas, ya había sol y la policía nos paró y nos pidió documentos.

Se los dimos, nos separaron y empezaron a

preguntarnos cosas, no tuve otro remedio que hablar.

La cara del cana cuando me escuchó fue de sorpresa y luego de sarcasmo. Me arrinconó y me dijo: «No te hagás el boludo, putito, este documento no es tuyo.»

Marina desesperada miraba desde su lugar y empezaba a agitarse: «¡Es mujer, es cierto, es mujer!», gritaba.

La subieron al patrullero de prepo y el agente que me bastardeaba intentó meterme las manos en la entrepierna, le sacudí una cachetada antes de que pudiera siquiera rozarme.

Y así fue como nos llevaron a las dos a la comisaría por desacato, prostitución y falsificación de identidad.

Si bien a Marina le creyeron la identidad, por el quilombo que armó la pusieron con un grupo de flacas en un calabozo.

En cambio a mí me metieron entre flacos y travestis que somnolientos y empedados me miraban desconcertados.

Me senté en un rincón, esperando la dichosa

averiguación de antecedentes. Nunca había estado presa, recién a mediodía me llevaron a una oficinita y una agente me volvió a tomar declaración.

Yo le contestaba y no se le movía ni un solo músculo de la cara.

-Te tenemos que llevar a revisión médica.

-Pero ¿por qué? pregunté.

- Simple rutina, hay que corroborar científicamente que sos una chica.

Me llevaron en un patrullero no sé bien adónde. Esperé horas hasta que me hicieron pasar al consultorio de un médico. Me dijo que tenía que sacarme sangre, para garantizar que no estuviera drogada.

Sin embargo no me dijo «drogada» me dijo «drogado». Le corregí y se me rió.

-Dejate de joder pibe, a mí los travas me caen bien, y que te hayas hecho las tetas no es ninguna novedad. ¡Si conoceré a cada una!, cualquier mina queda hecha un estropajo al lado de lo buenas que están algunas de ustedes. Tienen un orto impecable, y las gambas

ni te cuento. Sin celulitis ni nada de grasa. Sos cachorro vos... ¿a qué edad te hiciste las tetas?

-No señor, digo doctor, está equivocado, tengo la voz grave pero soy mujer, revíseme si quiere...pero.

Se me cagó de risa y me dijo: No gracias, ya me imagino el pedazo de poronga que tenés, es típico, y no me provoques con ese aire de inocentón que no soy puto.

Me agarró el brazo, me sacó sangre y me mandó a la sala de espera.

Al rato me metieron en otro patrullero y volvimos a la comisaría.

Pregunté por mi amiga Marina antes de volver al calabozo de varones. Me dijeron que ya se había ido. Suspiré de alivio. Ella iba a hacer cualquier cosa por rescatarme.



Me adormecí, cuando me desperté, ya estaban prendidas las lamparitas, seguramente era nuevamente de noche.

Un flaco que no estaba cuando entré, ahora estaba enfrente mío, me miraba y me sonreía.

Le vi cara conocida. Rubio, lindo, de buen aspecto. Seguramente también me reconoció porque se me acercó.

Habíamos apretado una noche en el boliche. ¿Qué hacés vos acá?, me dijo con aire picarón.

No sabía si hablar o no.

Temía que escuchara mi voz, encima en el calabozo de tipos. Con él no había cogido, solamente nos habíamos besado. Recuerdo perfecto cuánto me había gustado y por eso no llegué a más. Ahora me volvía a pasar que de verlo solamente me estremecía del placer de reencontrarlo. Y de miedo. Se me mezclaba todo.

Pero si hablaba por ahí pensaba que lo engañé, que era traba, como el resto. ¿Y si creía que lo jodí? ¿Y si me cagaba a palos ahí adentro?

Me dieron ganas de mostrar la concha pero empecé a temblar.

Tenía hambre y Marina no aparecía.

Decidí no decir palabra. Me sentí muy sola,

como nunca me había sentido, con ese desamparo que nos pone de cara a nuestra existencia.

Tengo algo de los varones que es más amenazador de lo que nunca hubiera imaginado: su voz. Su timbre de voz.

Una mujer con voz de varón.

Una verdadera tragedia.

El flaco seguía haciéndome preguntas, sus preguntas, y yo miraba para otro lado, haciéndome la que no lo conocía, hasta que se cansó y se fue a sentar a la otra punta, con cara de desilusionado.

Lo espiaba, pero cuando volcaba su mirada hacia mí, volvía a esconder mi cara.

Me volví a adormecer y soñé con él, que paseábamos por el cementerio, entre las tumbas y éramos zombis. De la mano, sin necesidad de hablar, los zombis no pueden hablar, hacen apenas unos pocos sonidos inarticulados.

Y Gianni remató el cuento con una voz suave y dolorosa, diciendo:

-Y como en un video clip sonaba de fondo Cranberry con el tema Zombi...Era todo perfecto y había sol, no le temíamos al sol, no nos hacía daño el sol.

Agustín se quedó absolutamente quieto como una estaca frente a esa supuesta teatralización, con la cabeza gacha, pensando confusamente que Gianni estaba totalmente loco.

Un escalofrío de desasosiego le recorrió el cuerpo cuando escuchó unos sonidos alrededor, como breves estallidos que se enlazaron con el fuerte ataque de llanto de ese hombre enorme que se tapó la cara con la campera que tuvo en ese largo monólogo en la cabeza, como una peluca.

El llanto de Gianni

Gianni lloraba como un chico, con fuertes estertores.

Agustín lo miraba ahí sentado, con la cara tapada por esa ridícula campera que ocultaba su recia cara. Vio como los gotones que le caían iban a parar en el pantalón beige que llevaba puesto.

Ese hombre desmoronado en un banco de plaza estaba como Ulises, sentado al lado de alguien que no entendía y lo dejaba solo.

Nuevamente solo. Con pareja pero profundamente solo.

Una tragedia que en su vida se repetía una y otra vez.

Y yo, Alejandro, como Coso, sólo podía susurrarle como pedo junto a los amigos Cosos que lo escuchamos y lloramos a nues-

tro modo con él.

Se sacó la campera de la cabeza y con ojos rojos miró la cara de Agustín que no hacía ni decía nada.

Gianni entendió en una breve mirada que no tenía ya más nada que hacer ahí, al lado de ese muchacho.

Suspiró hondo. Se recompuso un tanto.


Se paró y apoyó una mano sobre el hombro de Agustín, afectuosamente le dijo: Agustín querido, hasta acá llegamos.

Agustín se paró con cara de alivio. No quería estar al lado de un viejo loco que encima lo hizo puto. Ya no quería. Esa mariconada pública y ese llanto le dieron pavor, no sabía bien de qué, pero le dieron pavura.

Trató de abrazarlo pero Gianni, tiernamente, no aceptó.

-Quedate tranquilo, estoy bien.

Agustín estaba sereno, al fin y al cabo estaba un poco cansado de andar escondiéndose de sus amigos por estar con ese tipo, se sentía aliviado que el otro tomara una decisión que

no se hubiera atrevido a tomar por temor a perder el trabajo. 

Tenía ganas de volver a la normalidad.

Agustín le preguntó: Qué vamos a hacer.

-Seguir con nuestras vidas.

-¿Y en el restó?

-No voy a volver, podés quedarte tranquilo, yo parto de viaje en cuanto acomode ciertas cosas.

-Gracias Gianni, lo pasé muy bien con vos.

-Yo...

Agustín vio la enorme figura del chef perderse en la oscuridad, paró un taxi, se sintió molesto durante todo el viaje por esos ruidosos pedos que se tiraba el taxista y a pesar de tener las dos ventanillas abiertas estaba inundado de olor a podrido. No dijo nada.

Bajó del auto asqueado en su departamento.

No pudo explicarse por qué esto continuó en el ascensor, en la entrada de su casa y en su dormitorio.

Se durmió muy tarde, preocupado, porque

todos los sahumeros con perfume a rosas, canela y sándalo que prendió por toda la casa, no pudieron tapar el olor.

Y la música suave que puso para dormirse y relajarse de semejantes sucesos tampoco lograron apagar el eco repetido de múltiples ruidos de pedos.

Esto lo acompañó a Agustín largo tiempo.

Ya noviado con Pía, un día le comentó que todo el tiempo escuchaba ruidos diferentes de flatulencias y un olor tan horrible que casi no le permitía cocinar.

Pía le dijo: Estás muy estresado amor, deberías trabajar menos horas en el restó y buscar un ayudante, yo no huelo nada feo.

Él la besó como recompensa a su comprensión pero sospechó que le mentía para no mortificarlo.

Pía y Agustín se sobresaltaron: una batahola les interrumpió la conversación acerca de la fecha de casamiento.

Los golpes de cacerolas eran muy fuertes en ese barrio tan bonito de Buenos Aires donde

vivía María Pía Strong, la apropiada mujer elegida por Agustín para consagrarse como un soberano infeliz, la rúbrica de su opción por la inconciencia, un estereotipo de película moralizante.

Ella sonrió encantada y se asomó al balcón con la olla de fondu de cobre y mango de madera y con los palitos de teca con los que comían sushi hizo una especie de percusión riéndose con las vecinas de enfrente. Lo miró a Agustín desde allí a manera de invitación a sumarse al concierto.

Agustín se quedó sentado pensando cómo era posible que nadie oliera ese olor a mierda que en ese momento era aún mucho más intenso.

¡Mejor nos casamos en marzo!, gritó ella en una carcajada.

Él asintió y se fue al baño.

El 2001 no era una Odisea del espacio

Gianni caminó en la oscuridad, evitando las luces de la calle.

Lo acompañé en silencio y mis compañeros Cosos se dedicaron a Agustín por bastante tiempo, a veces turnándose.

Nunca lograron que entendiera algo. Pero no desistieron, como con tantos. El tiempo para nosotros es ahora irrelevante.

Me quedé ahí flotando sobre el hombro y por momento le hacía un ruidito que lo hacía sonreír.

Ya cerca de su casa se detuvo y me dijo:

-Ale, ¿estás ahí?

Le contesté con una leve trompetilla.

-¿Siempre fuiste vos?

Otra trompetilla, siempre sin olor.

-Pensé que me habías olvidado.

Dos trompetillas, pero algo más fuertes.

-¿Sabés cuánto te esperé?

Una trompetilla muy queda.

-¿Me acompañás a lo de Vilma?

Otra trompetilla.

-¿Me vas a volver a dejar solo?

Dos fuertes trompetillas.

-¿Te costó mucho encontrarme?

Una trompetilla larga.

Y entramos a su casa y así estamos, como siempre y como nunca, como los abrazos de Vilma.

Lo fui enterando de cada cosa, aprendió rápido a comunicarse con los Cosos a través de mí.

Una tarde nos interrumpieron ruidos de cacerolas a lo lejos.

Gianni se rió fuertemente y pedorreé fuerte también.

Ahí me dijo: es tiempo de irnos.

Sacó pasaje para marzo para ir a lo de Vilma, como habíamos soñado hacía tanto tiempo.

Ya en el aeroparque me susurraba cosas que me hacían reír acerca de la tilinguería que nos rodeaba.

De pronto enmudeció, vio en la fila de al lado a Agustín abrazado a una rubia vestida de colores caqui, ella de espaldas contoneaba su extrema flacura con aire distinguido. Él levantó la mano izquierda a modo de saludo mostrándole el anillo de oro en su dedo anular.

Gianni contuvo la risa y me dijo: pobre.

Yo, Coso, volé hasta la oreja de ella y le lancé una sonora trompetilla. Agustín se ruborizó y ella le dio una fuerte palmada en el hombro diciéndole: ¿Ya empezás con esas guarangadas y llevamos apenas un día de casados? ¡No te lo voy a permitir, aprendé a reprimirte!

Ella no sabía que sí había aprendido a reprimirse, no sólo de su homosexualidad, eso casi era lo de menos, es por eso que cada vez era más huraño y ya los compañeros del restó no lo querían tanto.

El dueño se quejaba de que ya no tenía las

reservas completas. Algo en la comida que elaboraba Agustín no estaba bien. Pensaba buscar otro chef, algo más responsable y creativo, alguien como Gianni.

Avanzó la fila para embarcarse, Agustín bajó la cabeza frente al reto de Pía y entregó los pasaportes y pasajes al empleado de la aerolínea, mientras Gianni y yo entrábamos en otra nave.



La vida antes y después de mí

En mi andar con Gianni pude saber acerca de mi familia después de que me asesinaron.

Mi viejo anduvo cerca de dos años buscándome por muchos lugares y yendo a una comisaría en particular, insistiendo, ése era el lugar clave.

Lo sabía. Yo también sabía, obviamente.

Casualmente después de varios intentos, a papá lo balearon en la esquina de casa en un supuesto asalto.

Murió en brazos de mamá que salió de la casa inmediatamente después de escuchar el primer tiro.

Mi vieja quería morirse, sólo se sostuvo porque mi hermana era chica aún. Cuando balearon a papá recién tenía cumplidos sus

catorce años. Cuando me chuparon a mí, doce. Mamá fue siempre una laborante, con la risa franca, aglutinadora de toda la parentela tanto para cumpleaños como para las fiestas y del barrio también.

Cocinaba como los dioses y al margen de trabajar de portera en un edificio del centro, teníamos una casa sencilla pero espectacular. Papá siempre encontraba cosas por la calle, se las llevaba a mi vieja y de eso, casi alquímicamente, surgía algo esplendoroso. Mi viejo era medio inútil con las manos pero le cebaba unos mates mientras ella serruchaba un mueble, porque tenía las patas apolilladas y a la vez buscaba hacer un color nuevo con los restos de pintura que tenía para pintarlo, todo junto.

Aprendió sola a tejer con una revista vieja, a coser con los consejos de Amalia, una solterona de enfrente, a pintar paredes con los comentarios del ferretero. Ensayo y error era su postura, y el error era casi imposible. Al menos en estas cuestiones.

Todo lo expansiva que era mi vieja lo tenía mi viejo de enamorado: la miraba con asombro. También se peleaban, no por quién hace qué cosa sino por política nacional, por cómo hacer para que la escuela del barrio no se vaciara de pibes o por mis escapadas.

Eran graciosos, mi viejo como buen empleado público era parsimonioso y ella se impacientaba.

Cuando mi viejo le respondía: Emilia ¿qué se quema que estás tan apurada?, ella contestaba: Víctor, no tenemos la vida de las tortugas, ¡no vamos a vivir trescientos años, dale, alcanzame la escalera de una buena vez!

Se reían de esas pavadas y por los sonidos que escuché desde chico gozaban a puerta cerrada de una sexualidad envidiable.

Ambos eran profundamente reflexivos con apenas sexto grado cumplido, lo que era la escuela primaria, pero leían.

Escuchaban la radio con atención hasta que pudieron comprarse un televisor usado.

La biblioteca de mi casa tenía cuatro estantes

pero siempre había algún libro prestado apoyado en la mesita del viejo.
Los asados los hacía mi vieja y el viejo le pasaba la mano por la espalda,
Incluso hasta la parte más baja, y ella se lo sacaba de encima diciéndole ¡pará que están los chicos por ahí!
Me gustaba espiarlos.
Quería para mí una vida parecida a la de ellos, pero distinta.
No fue difícil la realidad que me tocó, fue otra.
Una tarde papá habló largo y tendido conmigo debajo de la higuera del fondo, yo tenía catorce y le conté que me gustaba un chico de la secundaria.
Se quedó en silencio un rato para luego decirme con una soberana sabiduría de hombre adulto: sé lo quieras ser.
Aún como gaseoso que soy recuerdo el abrazo inmenso de ese hombre tosco y tierno.
Después lo vi cuchicheando con mamá.
Nítidamente la escuché decirle: ya sabía.

De ahí en más mis amigos siempre fueron bien recibidos y nunca me preguntaron acerca de mujeres.

Lo que era irreprimible de mi vieja eran los gestos o las caras que me hacía por atrás de algún amigo mío en particular, que me hacían reír y enojar por lo evidentes. Ella imaginaba que era disimulada.

Mi viejo le pedía, en esos casos, que le fuera a comprar cigarrillos.

Cuando Perón dijo imberbes mi mamá lloró, fue la única vez que la vi llorar, mi viejo apagó la radio y se fue a fumar al patio, medio enojado, diciendo: cagamos.

Fumó muchos cigarrillos, de eso me acuerdo. Esa noche comimos en silencio salvo por el cotorreo de mi hermanita.

Victoria era una niña asombrosa y es hoy una mujer estupenda.

Cuando tuvo a su primera hija, Alejandra, lo buscó a Gianni para que sea el padrino.

Lo logró.

Su memoria era excepcional, su capacidad de

lucha conmovedora, así como la sobriedad con que llevaba adelante la demanda al Estado por mi aparición con vida.

Sobria y persistente.

Sobria y convencida.

Nunca hizo aspavientos del desastre que le tocó vivir.

Ni especulaciones en sus lugares de trabajo.

La autovictimización le resultaba aborrecible.

La integridad de mis viejos había hecho nido en mi hermana.

Encontró un compañero ideal, una pareja con unos bríos muy parecidos a los de mi mamá, y ambos convergían en espacios tanto fuertes como solidarios. Parecían sacados de una novela del siglo XIX.

Los dos eran profesores, ella de Historia y él en Bellas Artes.

Hoy sé que mi entorno suena idílico.

Quizás olvidé momentos duros de la economía de nuestra casa.

Quizás olvidé otras crisis.

O quizás, simplemente, en contraste con el

horror que viví cualquiera de esos problemas parecen nada.

No olvido que muchas cenas fueron sólo con mate cocido y un pan viejo tostado con manteca y azúcar.

Y las caras de preocupación de mi viejo y mi vieja.

Y los berrinches de mi hermanita porque alguna cosa que quería no se la podían comprar.

Me fue dado ser Coso para entender que esas son naderías comparadas con los horrores que se pueden acometer.

¡Pensar que cuando iba a los cines club en mi adolescencia y veía películas acerca de los nazis pensaba que eso no podía volver a suceder!

Gianni me contó camino a Río en el avión, muchas, pero muchas cosas que en más de una oportunidad me hicieron soltar ruidos. Para incomodidad de los pasajeros de a bordo que no sabían si mi compañero en cuestión estaba descompuesto.

Él iba tan contento conmigo en su hombro que no le importaba que lo miraran como a un viejo loco que hablaba solo y que padecía de incontinencias.

Me murmuraba cómo era mi sobrina.

Me murmuraba sus andanzas.

Me murmuraba recetas de cocina.

-Y del amor, me dijo, se habla demasiado. En nombre del amor se hacen barbaridades y nadie quiere discutir la política del amor, que en definitiva, es lo que importa.

Eso me lo murmuró antes de dormirse, a una hora de nuestra llegada a Río de Janeiro, más de treinta años después.

No sólo Tucumán arde

-¿Te acordás de la muestra Tucumán arde?

Le respondí con una trompetilla.

-Se la llevan a Alemania, la van a exhibir allá.

¿Qué entenderán esos gringos?

Dos trompetillas largas y dudosas.

Gianni agarró el bolso de la cinta transportadora y al salir del aeropuerto tomamos un taxi para la casa de Vilma.

Mientras mirábamos correr las calles por la ventanilla vimos el Teatro Municipal de Río de Janeiro, tan parecido a la ópera de París.

Un cartel anunciaba para mayo Romeo y Julieta.

Gianni me señaló el anuncio y lanzó una gran risotada.

-Con este afán sucursalero ¿quién nos va a

escuchar?, dijo fuerte y el taxista lo miró.

Yo lancé un fuerte sonido.

-No, no soy nacionalista, Ale, sería otro error nefasto.

El taxista espío por el espejito retrovisor y meneó la cabeza.

Bajamos en lo de Vilma, ella ya estaba en la puerta ni bien escuchó el motor del auto.

Se abrazaron largo rato y Gianni le dijo que yo estaba ahí.

Ella sonrió ampliamente y le contestó -Ya sé, querido, ya sé.

Vilma hacía rato que se conectaba con nosotros, los Cosos.

Entramos y yo hice unos ruidos para regocijo de ambos.

Vilma contó que justamente ayer habían partido Martha y Marcela para Rio Preto da Eva.

Qué Marcela, preguntó Gianni.

-La nueva pareja de Martha, una piba de treinta y pico, amorosa, que dejó a un tipo en Buenos Aires para quedarse con ella.

¡No te lo puedo creer!, dijo Gianni y le
relató su historia con Agustín.

A la noche fuimos a la playa juntos.

Vilma se quedó preparando la cena.

Caminamos por la playa, mejor dicho,

Gianni caminó por la playa y yo iba flotando
a su lado, tratando de que el viento marino
no me arrastre lejos de él.

Pero él me hacía reparo con sus manos y
vimos, por fin, ese mar y la noche estrellada.

Y unos morochos espectaculares que aún se
bañaban en esa playa.

Nos quedamos ahí un rato.

De pronto Gianni se paró y empezó a cami-
nar hacia el mar.

Al principio no entendí pero cuando vi su
decisión tallada en esa cara empecé con todas
mis fuerzas a hacer ruidos.

Dos trompetillas.

Dos trompetillas.

No.

¡No!

Ya con el agua al borde del cuello Gianni me

dijo: Quiero estar con vos, quiero ser un Coso como vos.

Hice dos trompetillas más fuertes aún.

Pero el mar era más ruidoso que yo.

Quiero como Coso hacer la revolución de Cosos, gaseoso y pedorro, pero con vos. Ardo por estar definitivamente con vos, alcanzó a decirme con la boca espumosa.

Cuando la luna estaba muy alta Gianni-Coso ya estaba junto a mí.

La brisa del mar nos empujó a la costa.

Sin dificultad estuvimos en la cocina de Vilma.

Ella, sentada en la cocina, lloraba y nos dijo:

Yo sabía, yo sabía...

Levantó su cabeza resplandeciente, se secó la cara con un trapo, levantó el plato de Gianni de la mesa recién puesta y lo guardó.

Llamó por teléfono y reportó su desaparición.

La policía dijo que tenía que esperar veinticuatro horas.

Ella cortó.

Un epitafio

La marea tardó más de una semana en devolver el cuerpo de Gianni.

Mientras tanto Vilma nos puteaba por el incordio en que estaba metida.

Todo se resolvió más o menos como era de esperar.

Pero Vilma seguía furiosa.

Un día le gritó a Gianni: Sos un egoísta.

Después se arrepintió.

-Disculpame Gianni, soy una bruta e hizo un gesto acariciante al aire.

Como Gianni no tenía parientes que reclamaran su cuerpo, las autoridades aceptaron que se lo enterrara en Brasil, ya que Vilma, su amiga, se hacía cargo.

Tres días después se realizó el entierro.

Había viajado mi hermana Victoria y su

marido con Alejandra.

Los cuatro vieron bajar el cajón barato a la tumba.

No aceptaron una cruz encima del enterratorio, sólo una laja con su nombre y un epitafio: *Volverán las oscuras golondrinas...*

Todos los Cosos que pudimos nos arremolinamos en torno al breve cortejo y para asombro de los enterradores estallamos en un grito de ¡Presentes!, a nuestro modo.

Al modo que todos ustedes, lectores, ya saben.

Vilma y mis parientes aplaudieron y se alejaron abrazados.



Apéndice

(De la carpeta de recetas de Gianni dejada en
herencia para Alejandra)

Cronos

Rancias

nubes

Las flores

retumban

en el pecho guerrero.

Las voces inequívocas

de palabras yermas.

Bruñida superficie

de plástico duro.

Corazón

sanguinolento

de viento del este.

Pocillos de vinagre

volcados en los dinteles

de salas blancas.

Lechiguana,
Lechiguana...
el mejunje
decime cómo lo hago.
Los picaportes se alargan
hacia mis manos.
Crudas,
rudas.
Decime cuál es la tisana
para los arañazos
circulares
de tu riguroso olvido.

En viaje

Deshojo la mirada
en la oscuridad
agazapada.
Germino
las turbulencias
olvidadas.
Respiro la inquietud
de soledad maniatada.

¿Qué pasiones vendrán
con la siesta machacada?
¿Qué volúmenes encerraré
en los puños apretados
de trompadas civilizadas?

Ronda el fantasma iridiscente
en bocas silenciadas
de caníbales egoísmos
con pasaportes
al inodoro
de los países con plata.

Retrato de mancebo blanco sin pasión alguna

Verde
y negro.
Con luna en el centro.
Del zaguán
de tu garganta
los brotes
silban

en verde
y negro.
Los crujidos de la línea
del teléfono
rompen los huesos
de tus palabras
fervientes.

El verde
y negro
pájaro
de indiferencia
rebota inocente
en los hilos
de los aparatos,
enyesan
los bordes de mi deseo
caprichoso de
verde
y negro.

Verde vos
y negro yo.

Avivo hojas
de soles tardíos,
empetrolo fotos
de desnudos
blancos como los bordes de tu ingle.
Verde yo
negro vos.

Retrato número 2

Carne
de la afrenta.

Breve, atormentada.

Roce fibrilado
de la angustia
pertrechada.

Velo abyecto,
de pelos crespos
en el sur
de tu cabeza.

Paz de la tormenta
cruzada,
segmentada.

Revoque
de la afrenta,
y la carne breve
fibrilada.

En núcleo inolvidable de Rimbaud
solipsístico
escudriñando los sonidos
trémulos
en estribos
de distancias
mal calculadas

Exilio

Rozo la semántica aspereza
de eyaculaciones distantes.
Cobro
la desesperación en jaula abierta,

de cipayo manso,
en luna perdida bajo la mesa
del televisor aún encendido.

Inmundas notas de músicas perdidas
son ahora perlas en vinagre,
disueltas y digeridas
en mi panza vacía.

El ruido del cerebro se me hace motor
ahogado.

Zigzaguea el run -run
en la ventana oscurecida
por un paisaje ajeno
a la más simple mirada
de mi ojo
enmohecido.

Macho

El cuerpo estirado de contracciones intelectuales.



La voz engrosada de seguridades no adquiridas.

La comunión de una literatura entrecruzada de caricias cerebrales.

Chino bueno pomada buena...

Por descubrir creaciones
de timideces
auscultadas.

Lágrimas disecadas
de varón honroso.

Gritos solapados
entre los pelos del bigote.

Y una luz dicroica
en las pupilas asombradas.

Desgarrar una notoriedad transitoria
de taos despiadado.

Estás sólo frente a la taza de café con leche
preguntándote

por qué no entendés qué te pasa, cada maña-
na,
cuando descubrís
que las vías de tu ferrocarril,
recortado desde el cuadrado de tu ventana
no tienen nombre de mujer.

Simulando dudas

La cumbia de tus palabras
me encierra en círculos
de vuelo de mosca tzé-tzé,
translúcidos,
pelados,
fieros.

Compro un aerosol insecticida,
y la válvula no funciona.
Me pongo
vestidura de tul,
y la brisa abre los bordes.

Peligra mi estar de pie,

los golpes de mosca
dan en mis rodillas.

El vientito
de palabras
expulsadas
con ántrax de duda,
contamina
el espacio
entre tu vida y la mía.

Me someto
a las condiciones de tu atmósfera
esperando la resurrección
de tus manos
en la superficie
de mi boca.

Tu virilidad machacada,
me traspasa
oblicua
inadvertidamente.

Besos truchos

Las garras
de tu boca
se entorpecen
en el líquido de tu cerebro.

La dentellada de tu mano
se desliza
breve
por mi cara
con ojos.

La suavidad de tu soslayo
se borrona
entre las prepotencias
de machos,
compadritos de esquina
mal dibujada.

El brillo del féretro
enceguece el sepulcro.
Las orquídeas en la mano
suavizan tu mirada cerrada.

No quiero ver.

No asusten.

Aprieto las garras de mi boca
para darle una dentellada con mi mano
al cerebro.

Líquido.

Dormir

Gotas pútridas
de soles resplandecientes,
zapatillas de agua
en manos de la desidia.

La roja apariencia del sexo
es celeste Partenón
de América.
Guerrera sumisa
de mis agentes
secretos.

Dame la orden,

en mis delitos futuros,
para encarcelar mi vigilia
en el atardecer
de mi cobardía,
inaudita.

El baño

Tronos de besos profundos
que quiebran la garganta.

El osado anillo.

La manera de apoyar tu cara
esquivando
el encuentro
con la muerte
agitada.
Por la sospecha.

La realidad en partes
pretende, agonizante
de alambres en plata

sobre fondo pistacho,
ficcionalarse.

Dos osos basculan
sin importarles la felicidad.

La vulnerable vara.

Eterniza tronos
de una película
alquilada.

Las comadrejas

Las comadrejas
tienen el perfil afilado.

Las comadrejas con borlas de seda,
negra,
esconden sus miradas
censoras.

Las comadrejas de al lado
miran la caída de mi imperio
con los ojos

aserrados.

Las comadreja
van a la iglesia,
de la esquina
y perdonan
el chat.

Las comadreja
lloran
las gemelas,
el paisaje se derrumbó.

Las comadreja cuchichean mi nombre
por misterioso
y volcánico.

Las comadreja de mi pueblo
no perdonan,
presionan.

Las comadreja se multiplican
viejas y jovencitas,
redondean el cuadrado de mi pueblo,
cercándolo
con sus malévolas notas
de chusmas faraónicas.

Las comadrejas no saben
que atascan los conductos
del acontecer
procesado.

La conferencia

Hoy la conferencia estará
algo diferenciada.
Hoy la actuación se verá plena de reclamos
explícitos,
casi maternos
o necesarios.
Caprichosos parados
en feudalismos zen.
De caos de palabras
sin ideologías ni enemigos.
Con cortesías cortantes de adúlteros
por disfrazar.

La subjetividad se hace cigarrillo,
fumado por ansiedad.
Las facturas ya no son dulces,

son A, B o C.

La rabia pega en la cara,
con gomera más trágica que la de Piluso.

Y los pasos necesitan sangre para ser verda-
deros,
las miradas lágrimas de despedidas,
los varones pelotas
y las mujeres un poco de rouge
en sus bocas virilizadas.

El nylon hizo lo suyo,
separó la vida del aire.
Lleno de conferencias al paisaje,
y puso de culo
al ancestro.

Cosa 1

Estruendosa habitación silenciada,
silenciada.

Vociferan las noches

en mi almohada
abollada.
Abrazos abstractos
con llantos
de película clase B.

Los besos se congelan
con pausa electrónica,
las fascinaciones
en voto cantado
se repliegan
en el insomnio.

Estruendosa habitación silenciada,
silenciada.

La adolescencia retoma
manoseando adulteces
la línea presente
y grita comunista.
Sólo pétalos de encamadas imaginarias
mordisquean mi sexo.

Y la estruendosa habitación sigue silenciada,

para que los vecinos
no se quejen.

La gauchada

Acuchillo la pelambre en desatino
de amor tribal
en antigua carga.

Contorneo el ribazo anaranjado
con las pupilas remojadas,
en sollozo de hembra guacha
de manitos embarradas.

Las letras en su altivez
abstraen los hechos,
los desguasan.
Y un sabor dulzón
de elegancia computarizada,
me susurra como sirena
que se inunda con desgracia el terruño,

como nada.

Índice

06	Me presento
08	Mariana
10	Ariel
		Mariana, mujer sentada
12	con pantalón arrugado
		Mujer sentada con pantalón
		arrugado sobre fondo de Ariel,
14	con remera verde
		Ariel con remera verde nueva,
		diez años atrás, mientras Mariana
16	compra cigarrillos

- Mariana compra, como diez años atrás,
y Ariel, con remera verde
20-----descolorida, espera en el bar
- 25**-----Cómo vamos a seguir
- 28**-----A diez cuadras de la explosión
- Agustín ayuda al chef
32-----con un nuevo plato
- Marcela en la biblioteca
35-----reclama las tragedias
- 39**-----Delfina, la ordenanza
- Aparece el libro de las tragedias
40-----por televisión, o casi
- 42**-----Marcela salió como una loca
- 43**-----Gianni dice te como, sin tragedias
- 45**-----Agustín, al día siguiente

- 46.....Marcela habla sin tragedias
- 47.....Con la nota en mano
- Un llamado desde
- 49.....la biblioteca de Marcela
- 51.....La pared de conchilla
- Yo, Coso, recuerdo
- 54.....mis primeros vuelos
- 55.....Gianni habla con Agustín
- 57.....La muerte de Delfina
- 60.....El hallazgo
- 61.....Susana, Mónica y la policía
- 64.....Gianni es un nombre de guerra
- 68.....Martha y Marcela en escala en Río

71.....Delfina era una batidora

76.....Mariana nunca quiso saber nada

80.....Ariel nunca quiso saber nada

87.....Martha le cuenta a
.....Marcela quién es Gianni

90.....Marcela llora por el
.....orden que siempre pensó tener

93.....Una reunión de Cosos

98.....En el Amazonas

103.....Los alemanes que quisieron
.....contar la historia

107.....Los documentos siempre son falsos

116.....Otra versión de
.....Las tragedias de Esquilo

135.....El llanto de Gianni

El 2001 no era una

140.....Odisea del espacio

144.....La vida antes y después de mí

152.....No sólo Tucumán arde

156.....Un epitafio

158.....Apéndice

*(De la carpeta de recetas de Gianni dejada en
herencia para Alejandra)*

Primer recorrido- Terminó de leer *Cosos, una rebelión argentina* y me quedan dando vueltas, desordenadas, las distintas consistencias de realidades superpuestas: una realidad sólida, con hechos que me cachetean, como explosiones de coches-bomba, como vuelos de la muerte; una realidad vaporosa de sueños e idearios personales que marcan las identidades, y una realidad gaseosa, como un vaho, un olor a mierda, indisimulable, que no deja que nos olvidemos de lo que la historia quiso callar.

Siguiente recorrido- Leo otra vez. Quiero encontrar al protagonista, pero se va diversificando en personas, en búsquedas, en respuestas. Algunos se plantan contra los mandatos oficiales de las políticas sexuales y sociales.

Un atajo- Sería fácil, en especial porque estoy leyendo con la luna llena en mi ventana, encontrar el gran atajo de la locura como explicación. Un atajo facilista. ¿O no?

Otros cosas- Ahora releo partes. Me doy cuenta que desde cada hecho puedo establecer una red. La novela de Edgar De Santo en eso se parece a la vida: va cambiando de densidad según lo que podemos captar.